

BIFRONTE

Revista de Literatura
2 / 2006



Antonio José Ponte / José M. Fernández Pequeño
Efraín Rodríguez Santana / Ismael González
Castañer / Luis Marcelino Gómez / Rito Ramón
Aroche / Enmanuel Castells / Carlos Esquivel
Ronel González / Yunier Riquenes
Nuvia Estévez / Irela Casañas
Gabriel Pérez

revista Bifronte / número 2 / 2006

coordinadores

Luis Felipe Rojas / Michael Hernández Miranda

asesor

P. Olbier Hernández

redacción y correspondencia

Yosbani Anzardo Hernández

Calle 20, número 1303, San Germán, Holguín, Cuba

e-mail

revbifronte@yahoo.com

Publicación literaria trimestral.

Los trabajos firmados expresan la opinión de los autores, no necesariamente coincidentes con el criterio de los coordinadores.

INDICE

¿Y por qué *Bifronte*? / 4

dossier

Algunas voces, otras ficciones / 5

Blasfemia de un escritor

Enmanuel Castells / 6

Cíclope

José Fernández Pequeño / 9

No dejes que te presten nunca un cuento de Hemingway

Gabriel Pérez / 11

Límites de Alcanía

Rito Ramón Aroche / 12

El pan y los cuervos

Carlos Esquivel / 18

Dragón rosado

Ronel González / 19

Ser

Luis Marcelino Gómez / 23

Monólogo en el inodoro

Yunier Riquenes / 26

Apuntes a Zuagzwang

Efraín Rodríguez Santana / 28

La forma de la espada bajo otra circunstancia

Karell Maldonado O´Ryan / 30

la entrevista

“Sigue en pie el miedo a la polémica”. Un diálogo con Antonio José Ponte

Michael Hernández Miranda / 32

el versolibre

Lunes de la pascua vida

Ismael González Castañer / 35

La belleza de los condenados
Irela Casañas / 38

re-ciclos

*Sobre las relaciones entre el Estado cubano
y la Iglesia católica*
Juan Gualberto Gómez / 41

Contra poesía

Iosmar López / 44

Un megavatio de poesía cubana

Luis Felipe Rojas / 46

¿Conozco a un hombre?

Nuvia Estévez / 47

Mensajería / 48

¿Y por qué Bifronte?

En lo simbólico, por el mito del dios Jano, ese ser tan singular dotado de una rara capacidad: ante sus ojos acudían lo pasado y lo presente, y por ello su figura se representaba con dos rostros. Se dice que en Roma su templo siempre permanecía abierto mientras había guerras y a él acudían vencedores y vencidos.

Creemos que a ambos acogía sin necesidad de preguntar cuál era el triunfador.

Porque nos alienta re-leer el pasado de nuestra cultura, sin perder el nexo con el hoy que sufrimos ni recurrir a torpes confrontaciones, tan comunes actualmente.

Porque apreciamos la circulación del pensamiento y el movimiento de ideas en torno a la literatura y la espiritualidad como una senda de doble sentido, que parte de nosotros, en tanto sujetos de un fenómeno particular, y a nosotros llega.

Y también por aquella enigmática frase de Wittgenstein: *Casi todo es otra cosa.*

d o s s i e r

Algunas voces, otras ficciones



Bifronte dedica las páginas que siguen a la narrativa, atendiendo a un fenómeno literario que rebasa el entorno creativo y ficcional y no merece ser pasado por alto.

No lo mereció nunca, en verdad. La narrativa cubana, escrita dentro y fuera de la Isla, ha gozado siempre de recurrente vitalidad, más allá de la pertinencia y el éxito probable de algunos nombres y obras.

Alguien graficó una vez con los vaivenes del péndulo el singular desarrollo del cuerpo narrativo cubano, especialmente después de 1959. Si cabe seguir fatigando esa imagen, sería oportuno considerar a este péndulo letrado el más inquieto de todos, azuzado como está hoy ese cuerpo por las tentaciones del mercado, la diaporización del discurso, los silencios oficiales, el canon, el contracanon y la angustia de muchas influencias tardías.

También la narrativa cubana actual ha querido dialogar con el presente (y a veces evadirlo), incidir en el entorno, ser reflejo de agonías reiteradas, denunciar lo que la oficialidad calla. Se le ha exigido, igualmente, acaso mucho más de lo que ella debe, puede o está llamada a dar.

El presente muestrario recoge cinco piezas narrativas de José M. Fernández Pequeño, Luis Marcelino Gómez, Carlos Esquivel, Ronel González y Gabriel Pérez, así como un fragmento de novela de Rito Ramón Aroche. Dos de ellos, Fernández Pequeño y Gómez, residen fuera de la Isla. Se incluyen además artículos y reseñas de libros con visiones no necesariamente divergentes entre sí, que, a su manera y con evidente signo crítico, arrojan algunas luces sobre aspectos puntuales del fenómeno.

Pretendemos que estos textos contribuyan en algo a tomar el pulso, ya sea mínimo ante los ojos de los lectores, a la actualidad de un fenómeno capaz de renovarse cíclicamente.

d o s s i e r

Blasfemia de un escritor

Enmanuel Castells Carrión

Voy a correr el riesgo de cometer el más hermoso pecado al tocar epidérmicamente un tema que merece páginas de un preciado ensayo antológico. Conjurar y convocar a la reflexión, preguntándome a quién le interesa la narrativa cubana, quizás provoque miradas o acercamientos en busca de un sólido hallazgo poco anunciado. Pero debo confesar que no. Seremos sencilla y profundamente humildes.

Una constante continuidad en el tema, ha llevado que desde todas las épocas de la cultura nacional, algunos especialistas le hayan dedicado tiempo al estudio de nuestra narrativa, desde *Espejo de Paciencia* hasta la última línea de ahorita.

Citar nombres no es mi objetivo ni demorarme en lo que ya ellos han establecido o polemizado. El tema que me ocupa se encierra en algunos vicios repetitivos a lo largo de 47 años, donde las voces oficiales de la política interna han proclamado todo tipo de revoluciones en el amplio y complejo sistema que vivimos polisémicamente.

Casi todos los narradores de mi generación, los que me antecedieron y los que me preceden se han detenido alguna vez a evaluar la salud de nuestra primada escritura. Los mayores cuestionamientos han estado en las temáticas planteadas por etapas y grupos generacionales. Es hartado conocido que en los años 70 se inscribieron varios nombres en la llamada literatura de la violencia, que reflejó a diestra y siniestra, la realidad (y ficción) de los días iniciales del nuevo proceso revolucionario cubano. Esa etapa, como también se ha ido conociendo poco a poco, y no de un modo más sistemático, tuvo sus conflictos ideológicos y de cuestionamientos ¿dudosos? sobre el papel y la actitud de algunos escritores que a la larga (¿superada la amarga experiencia?) devinieron iconos, figuras primordiales del panorama narrativo cubano. Algunos se quedaron nadando dentro de la isla, otros siguen prolíferos fuera de ella.

Todavía para entonces era difícil encontrar una historia de amor en esos libros hasta que Manuel Cofiño lo consiguiera de un modo más global con su archifamosa novela *La última mujer y el próximo combate*. Novela tildada de realismo socialista, con un superhéroe revolucionario, que transita desde los parajes de la pequeña burguesía, hasta su consagración por el nuevo país en construcción, eclipsado en una muerte dignificada por la maestría del autor.

Cofiño (que en paz descanse) abrió una brecha y mezcló a los héroes de la clandestinidad con los muslos y las tetas de mulatas y guajiras, señoronas o prostitutas convertidas en dependientes de una cafetería revolucionaria. A todo eso también se le llamó “realismo socialista” porque reflejaba el nuevo proceso transformista que ejercía la Revolución en el ciudadano cubano.

Enemigo como soy de las terminologías, los estudiosos del curso que seguía tomando nuestra prosa cotidiana, advirtieron que lo político- ideológico había sembrado una serie de pre-actitudes en los jóvenes que estigmatizaba su mundo de complejidades adolescentes. De cierta abundancia poligráfica en ese período, los narradores se movían en varios terrenos que mezclaban temas relacionados con la nueva sociedad, la virginidad mutua, el machismo, la campaña de la alfabetización, el obrero y la emigración (tan mal mirada, Dios

mío), hasta que en los años 80 se rompieron las costuras a ese prejuicio, sin dejar de ser mirado como un acto de alta traición a la Patria.

Se publicaba mucho, pero pocas cosas alcanzaban verdadera celebridad. Nombres como Jesús Díaz, Eduardo Heras León, Norberto Fuentes o Antonio Benítez Rojo, entre otros, resultaban ser escritores conocidos (quizás por irreverentes, contestatarios o amantes de la fama o la publicidad, cualquier demonio, amen de que sus libros eran (¿lo siguen siendo?) bien recibidos.

El noventa por ciento de los análisis ensayísticos sobre la vida y muerte de la narrativa cubana, están relacionados con el perfil ideológico de la isla, con su política interna y con el desgarrador estado existencial– vivencial de su gente. Historias sórdidas, amargas, crudas, cínicas, hirientes, altruistas y esperanzadoras que hablan sobre el destino de nuestras almas. De eso están llenos casi todos nuestros libros.

La etapa de los 80, antes de hablar sonadamente de la emigración (que partió nuevamente a la familia cubana en dos pedazos y la volvería a partir 14 años después) se publicó mucho sobre los problemas que enfrentaba la juventud. Recuerdo una colección de Letras Cubanas nombrada Espiral que dio a conocer nombres como Arturo Arango, Reinaldo Montero y Francisco López Sacha, los cuales, entre otros, mostraban ese mundo de las descarguitas, los 15, las fugas, la primera hombría, la masturbación. Pero para mí, el libro emblemático de esa etapa se llama *Los otros héroes*, de Carlo Calcines, suma y resumen de lo que era (¿lo sigue siendo?) una escuela al campo, la beca, ese espacio de tizas, agricultura, tractores, fraudes, senos incipientes y semen prematuro. Y de otras cosas más, por supuesto.

Algún crítico definió aquellas escrituras como la literatura de las escuelas al campo. La inicial de los 60, la de la violencia quedaba atrás hasta que en esa misma época de los 80 nos metieron en otra guerra que nadie mandó a buscar: la de Angola. Pero yo no quiero hablar de eso, aunque haya libros de mi generación llenos de epopeyas magníficas.

El pulso de la mayoría de la prosa cubana después del 59 tiene un denominador común: el miedo, o el atrevimiento, o el riesgo de contar una historia que vaya en contra de lo que rige el pensamiento político- ideológico de la nación. Miles de libros podrán publicar historias de amor, fantásticas, surrealistas, policíacas, eróticas, etc... pero nada que toque esa llaga lacerante. Muchas veces, tan arraigado se hace el encierro a la expresión, que se fabrican fantasmas en vez de ver luz. Fue pecado durante mucho tiempo nombrar dentro de la literatura cubana verdades como el divorcio entre religión y política, o hablar de marihuana, drogas o música psicodélica, hablar de homosexuales o peor: decir que un maricón declarado formara parte de las honrosas filas del Partido.

Estas meditaciones resumen diez años de temáticas con que llegamos a los 90 y despedimos el siglo XX. Pero ese decenio trajo otras amargas verdades en el sentir popular al ver y padecer una crisis económica y de valores que dio al traste con todo tipo de sueño posible, amen de que para entonces todavía quedaran sueños por consumir. Las jineteras, los proxenetas, el turismo internacional, la nueva emigración, la diáspora, el hambre, la nostalgia, entraron de a lleno en las historias narradas por los escritores cubanos dentro y fuera de la isla. El caso más destacado por el alcance internacional que llegó a tener, fue el cuento de Senel Paz: *El lobo, el bosque y el hombre nuevo*, trasladado al cine de su mano bajo el nombre de *Fresa y Chocolate*, única película cubana que ha pisado la nómina del trajinado premio Oscar.

Y con este devenir del tiempo, en el cual también entramos en el mundo llamado Internet, algunos autores de la más nueva narrativa cubana comienzan a despertar una verdadera preocupación.

Toda época de cambio supone rupturas, pero las llamadas técnicas narrativas hay que saberlas emplear en pos de querer escribir de un modo nuevo o diferente. Sería largo entrar a analizar lo que algunos semióticos han definido como la “nueva era” o la “nueva edad”, pues desde codificaciones, simbologías y todo cuanto se le haya ocurrido nombrar en el mundo informático, la narrativa cubana más contemporánea (hablo de la generación post 1980) está pecando de falta de originalidad, organicidad y coherencia a la hora de contar una historia por muy breve, simple, enraizada o profunda que sea. ¡Cuidado con los jeroglíficos escriturales!, sería el cartel de advertencia. No se consigue mayor importancia ni es muestra de talento creativo por más raro o difícil de entender que resulte la historia contada.

Para suerte, esta desmotivación se salva cuando vemos que no son todos y cuando concursos y revistas que prestigian al género, aún no se dejan seducir por la nueva era y publican o premian, en su mayoría, historias bien contadas, bien armadas desde la madeja que resulta ser el laberinto de las ideas y las palabras.

He saltado voluntariamente argumentos que me permitieron entrar en un análisis más detallado de nuestra narrativa, sin mencionar lo que han sido para la literatura cubana figuras como Carpentier, Lezama, Onelio y otros grandes, debido a que ellos singularizan un estilo del decir muy propio, con una atmósfera atinada de adjetivos, sinónimos y poéticas bien establecidas que rigen a la verdadera y buena literatura universal. De ellos y otros renglones (incluyendo otras voces en esa nómina) se ha publicado con cierta regularidad.

Para mí, el problema mayor de nuestra narrativa no radica específicamente en otros lamentos históricos como la falta de promoción, la escasez de publicaciones, los desajustes de las ferias, etc... Consiste en el fantasma recurrente de las limitaciones, la censura o incluso la prohibición de esparcir libremente sobre la cuartilla, cualquier inquietud humana acaecida bajo este mismo cielo y dentro de esta misma tierra en cualquier terreno de esta milagrosa vida que vivimos. No todas las puertas están cerradas y no es tampoco absoluto el castigo por decir verdades.

Escribirlo no es delito. Publicarlo a veces, resulta ser la blasfemia.

d o s s i e r

CÍCLOPE

José M. Fernández Pequeño



A Marcialito le nació un ojo en la frente. Al principio fue solo una arruga horizontal y persistente, bien rara en un niño de siete años; pero cuando la maestra dio la voz de alarma, alertada por la insistencia con que los demás vejigos querían tocar el fino surco que comenzaba a parecer una quebradura, los padres de Marcialito corrieron hacia el hospital. Los médicos nunca lograron ponerse de acuerdo y, luego de estudios y juntas infinitas, propusieron dos soluciones extremas: coser la abertura en progreso o practicar un inmediato transplante de piel en la frente del niño. Aterrados, los padres de Marcialito decidieron confinarlo en su casa, resignarse a ser ansiosos espectadores de la suavidad con que los labios de aquella extraña herida incruenta se iban arqueando y dejaban ver cada vez mejor la blanca opacidad cristalina donde en su momento despuntó una isla parda, brillante y absolutamente redonda, que los observó con ingenua serenidad. Nada más hubo que esperar el primer parpadeo de las nacientes pestañas para dar el suceso por definitivo y que aparecieran las autoridades, acicateadas por la insoportable sospecha de que intentaban dejarles al margen de algo tan inusual. El debate fue otra vez intenso y prolongado. Por fin los sicólogos impusieron el criterio de que Marcialito debía asistir a un colegio común y corriente pues no presentaba ningún tipo de trastorno mental o discapacidad notoria. De cualquier forma, advirtieron, el proceso de adaptación sería arduo. Y así fue: en la escuela todos miraban aquel ojo supernumerario en la frente sin saber qué hacer ni encontrar una palabra adecuada para decir. Tres profesoras tuvo el aula de Marcialito en menos de quince días. La última, una mulata seca y ojerosa, interrumpió sus explicaciones en torno al sospechoso achatamiento polar de la tierra, recogió sus enseres y salió por el pasillo gritando que un maestro necesitaba tener por lo menos algún lugar confiable hacia donde mirar. A la directora no le quedó más remedio que dar el ejemplo y hacerse cargo personalmente del grupo, aunque todavía hay dudas en torno a si era consciente de los riesgos que entrañaba tal acción. Bastó que el primer día advirtiera a la clase andar a cuatro ojos ante alguna ecuación matemática

intrincada y traicionera, para que la totalidad de los estudiantes recostara el peso de su mirada sobre Marcialito y, de un golpe, hiciera estallar la burbuja de estupor que gravitaba sobre todos. Sobrevino entonces una época en que cada expresión, no importa de la naturaleza que fuera, adquiría sentidos inusitados con solo ser pronunciada cerca de Marcialito y su cándida mirada triangular. Que si hacerse el de la vista gorda. Que si mantener los ojos bien abiertos. Que si la vigilancia, tarea permanente de los cedeeerre. Que si las miradas de tus ojos son tan sutiles... hasta el día inevitable, ya en un aula secundaria, cuando el plan de clases indicó el estudio del ciego Homero. Polifemo dejó de ser a partir de ese día una mención distante, remontó la odisea del pasado, se hizo presente en todos los registros imaginables: susurrado en la formación escolar, rimado en las canciones de moda, grabado en las paredes de los pasillos, pintado en los pares de las esquinas, dibujado por las nubes que se alejaban en el atardecer... Era imposible decir algo (poli-espuma, poli-éster, poli-cía...) sin que el nombre maldito fuera invocado, al punto que la dirección del colegio consideró necesaria la separación de Marcialito, única forma de evitar que no solo la institución sino toda la ciudad siguiera llenándose de polis, lo que era además una redundancia inadmisibile. Y, justo en ese momento, apareció el héroe. Se llamaba Antonio (aunque, no sabemos por qué, desde niño le decían Pose) e interrumpió el discurso de la directora para hilvanar una defensa lúcida y apasionada de Marcialito. A medida que Antonio avanzaba entre las filas e iba desgranando razones, los demás estudiantes sentían que de alguna forma aquellas ideas siempre habían estado dentro de ellos y que eran ellos quienes las exponían con toda esa seguridad y donaire, así que la unánime ovación validó para siempre la pregunta final de Antonio (o lo que es igual, de Pose): ¿Acaso una persona diferente no tiene el derecho de ser considerada normal? Fue tan emocionante, que nadie tuvo la curiosidad de observar a Marcialito y preguntarse por qué era el único que permanecía impassible mientras su ojo frontal registraba cómo sus compañeros vitoreaban y alzaban a Antonio en hombros. Parece increíble, pero una simple voz había logrado algo que un minuto antes nadie habría creído: transferir a Marcialito hacia ese segundo plano definitivo que es la rutina. ¿Qué novedad podía haber ahora en extrañarse por su mirada excedente, si todos andaban ocupados en admirar las nuevas pruebas de inteligencia y bondad que Antonio daba cada día? Pronto fue nombrado representante estudiantil ante la directiva del colegio y, casi enseguida, asesor de Educación Municipal en materia de trabajo práctico-docente. De más está decir que durante los meses siguientes fue propuesto para miembro de honor en cuanta sociedad se dedicara a proteger los caracoles, luchar por la igualdad de los enanos o ayudar a extraterrestres despistados. Pero, no importa cuán pesadas fueran sus nuevas ocupaciones, Antonio jamás descuidaba la tarea de velar por Marcialito. Ante el general reconocimiento, le acompañaba diariamente en el trayecto de la casa al colegio y del colegio a la casa, exigía que fuera el primer invitado a las fiestas que organizaban los muchachos del preuniversitario, le ayudaba a estudiar y hacer las tareas... Por eso los padres de Marcialito no se apuraron en regresar aquella tarde de viernes tan a propósito para aliviar con unos tragos la pesada semana de trabajo. Sabían que, al llegar al hogar, allí estaría Antonio. Lo que no esperaron nunca fue encontrarlo empalado en la vara de asar puercos mientras Marcialito lo hacía girar lentamente, con aquella apacible expresión de suprema felicidad tan suya y que, dado el caso, resultaba un tanto desconcertante si tomamos en cuenta que el humo denso y blancuzco debía de estarle molestando muchísimo en los ojos.

d o s s i e r

No dejes que te presten nunca un cuento de Hemingway

Gabriel Pérez

- Ven, acércate, ahora deben repetirlo.
- ¿Cómo?
- Ya vuelven.
- No oigo nada, hay mucha interferencia.
- No te desespere.
- Dale un trastazo.
- No.
- Sí.
- Tranquilízate, le voy a poner todo el volumen.
- Te dije que lo rompieras.
- Pero cómo... es el único que tenemos.
- Lánzalo, es una mierda.
- Cuidado.
- Dame un meprobamato.
- No hay.
- Una duralgina.
- No hay.
- Aquí no hay nada, apágalo. ¿Qué emisora es esa?
- Eso qué importa.
- Todo es mentira, cambia de banda.
- Escucha, aquí también lo están diciendo.
- Ahora sí... tú ves, ahora si es verdad, ahorita era mentira.
- Yo me voy a buscar una botella.
- Todo está cerrado, son las 2 de la madrugada.
- Hay que comprar una botella, cueste lo que cueste, pésele a quien le pese.
- Allá tú, la calle debe estar que arde.

d o s s i e r

Límites de Alcanía

Rito Ramón Aroche

(Fragmento de novela)

¿Debo decir que me gustan los tratados? ¿Debo decir que me gustan más bien los *falsos tratados*?

Supone que me conoce. O finge. Muy simple. Aparatosa a la salida de un baño en un cine (en su tropiezo conmigo se le ha caído un pinta labios y, debajo de mi pie ¿un pinta labios?) me dice (adopta un tono ofensivo) pronto: « Eh, tú, ojihondo.» Supone — o supongo más bien— que más tarde... pero no. ¿El testimonio? Muy simple. Es ella la que inicia: « He visto muchas cosas hoy.» Y ya en un parque toma el bolso del suelo—: «Porque sé cómo fue todo.» Y me dice (adopta un tono ofensivo) ahora, en un puente (el bolso en el suelo, mi vista, el paraguas en la baranda del puente, mi vista, los senos...): «Eh, tú, ojihondo.»

Aparece la figura, aparece la grasienta figura del padre, acodado a la mesa.

Falto de aire. Falto de palabra igual — que de aire.

El padre: «Tú sacas agua de la piedra.»

Largas las manos de mecánico. Las viejas manos sin lavar. Las uñas.

La figura del padre: botas desacordonadas y pantalones raídos. Inmóviles los labios. El padre.

La grasienta figura inmóvil. Acodado a la mesa.

«¿Lloverá hoy?» Y otra vez: baja la cabeza, los codos sobre las rodillas, el bolso entre las manos.

Y no es que no ames ni te sorprendas, sino que te fijaras bien qué te preguntan.

«Que te fijaras *bien*», le digo.

Y otra vez: las hojas que caen sobre el banco, las sombras. El sol cuando se oculta.

La misma T.: «Es preferible» insiste, viéndome así, y ahora, *con ese aroma y esa cosa* fuera: la sombrilla. «La grosera sombrilla», sentenció. « ¿Y que no hieda?» (Sic) fue lo que dijo.

...la oportunidad de conversar en el puente, acodados en el puente, los pies cruzados, el vértigo por la altura o que la altura supone ¿no es, o no sería otro, por así decir, el testimonio? ¿Un pájaro que cruza el río y no *un pájaro al que sólo se le ve cruzar el río*? El paraguas que apunta hacia un rápido donde, seca, caída, una rama; y una hoja de plátano recién cortada, arrastrada por el agua (mi vista disimulada hacia los senos colgadizos ¿el testimonio?) los árboles, sus copas, al alcance aparente de nuestras manos —del paraguas apuntándolas, apuntando—. Ahí los barrios: de un lado Simba, el Palenque, del otro. Ver la bruma, la boca de las cañerías en el río, o el animal diría (« ¿una rata?») asustadiza, en el agua brumosa —bajando ya el paraguas,

dejando de apuntarla ya con el paraguas— olisqueante la rata asustadiza, en la hierba brumosa, en la piedra.

¿el bar *Renedy`s*? — bocas que inhalaban el humo incoherente de cigarros, las moscas en el ventilador inútil, la mierda de las moscas, el revoloteo de las moscas, había quién siempre dormitaba sobre alguna mesa y ya despierto, alzaba el vaso, ya vacío, y decía, o cantaba («quiero decir, cantaba nada, decir, bueno, decir no decía nada») el orín en la silla, el pantalón, si sostiene o trata con viejas revistas o periódicos, caedizos o casi y entre manos, de entre manos una jaba sucísima en el suelo, el mentón en el pecho, cigarros en el baño, las bocas que *inhalaban* en el baño, el ruido fatigoso del ventilador («del otro, siempre ese ruido») y el cubilete, las pocas voces, la risa, la gritería de las pocas voces, hay música («una radio más bien») y la cerveza, el ron y la cerveza y los mismos espaguetis («en el baño... que mancha la pared, el vomito, que mancha el urinario») el orín en el piso, colillas en la mierda, papeles, obscenos dibujos en la pared, la voz que dormitaba («longi...») eso, si trata, ronquísima la voz, de entonar o de dormir. Y ante el olor penetrante que vendría del baño, algunos («cierren la puerta») al llegar al *Renedy`s* eso, o al salir

De vuelta —por aquel callejoncito— oteamos, umbrátiles, en la basura. El Chorro todavía aún más allá. Luego del puente. Mujeres que lavaban. Niños. Las cañerías que desembocan en el río. La espuma jabonosa del agua hacia el río jabonoso. La hierba y la basura. La ropa blanquísima, la ropa, ya en el Chorro, tendida. Nosotros sobre el muro, el musgo. El berro.
«¿Tú crees en la reencarnación?»
Habría poco sol. Miró a los niños.
«Lo que no creo es en la memoria del alma.»
¿Y edenantes? —No hay de otras, no. Por aquel callejoncito, si husmeábamos... Después se supo.

Y qué teníamos que ver allí en el baño. Ella, con aquella indumentaria de mujer barbuda, o yo, desde mis argumentos.
«Pero si tienes barbitúricos — me dice — da igual.»
Pienso: «¿Y las semillas?» Pienso: «¿O eran frutas?»
Ruidos. Doy unos pasos hasta la máquina de escribir. Tecleo un poco.
Tu sueño es —si no es que pienso que podría ser— milagroso.
Apenas eso. No consigo por el resto del día más. Difusa como ha quedado mi mente con esa imagen de —, en tacones de punta y más, con aquella indumentaria de mujer...

Hojea el manuscrito. « ¿Versión cuánta?» Hojea. No lee nada, pero hojea. Viene al librero. Toma un plumón, lo prueba sobre una hoja en blanco y lo deja, quiero decir, los deja, plumón y hoja, en cualquier parte. En verdad todo aquello que toca lo deja donde quiera. Días que tiene así, días que son siempre casi todos los días, y que tiene así. ¿Nerviosa? ¿Intranquila? Sobre la cama unos pasos. Estira la mano hasta el sonajero de huesos: ...del gato que alguna vez fue el gato de casa. Otros pasos. Una historia muy simple. Retrocede. Una historia muy larga... Se sienta. La historia de cómo un gato vino a parar, de manera muy simple, a casa, y de la casa, mucho tiempo después, en sonajero. «La historia así de simple hasta en los huesos de un gato», le explico.
Y sobre el manuscrito:
«Me gustaría pensar que no había, o no se conocían en esa época las fotos. ¿De verdad que no se conocían?» Poco o casi nada ha leído, y me habla de

fotos... La almohada (rota) encima de sus piernas. Vulgar, en fin, sobre la cama rota.

¿bar Renedy`s? — el pie derecho sobre la silla, botellas que podrían ser retiradas, los hombres alrededor de la mesa, las manos grandes que se agitan, el cubilete que también se agita, la risa que se abre, hay los brazos cruzados, y la risa, el cubilete, las manos grandes que contrastan con el traje blanco, el chaleco en el antebrazo izquierdo, la elegancia de la mano derecha que se mueve con/entre los dados del cubilete, la cerveza, el chaleco del traje finalmente en el respaldar de una silla, ahora el pie izquierdo sobre la silla, ágiles sus dos manos, el pecho descubierto, la cadena sobre el pecho («¿una Santa Bárbara?») («grandísima sobre la espalda») también uno pequeño («no sé si un corazón») hundido entre arrugas en el pecho, el humo del cigarro, también el ruido del único ventilador ¿útil? fatigoso («la puerta del baño») se habla de un hombre acucillado que al parecer no importa a nadie («vomitoso el hombre») ante la puerta del baño, ante la taza del baño... («un hombre vomitoso») un hombre acucillado entre la mierda ante la puerta del baño.

...debe haber sido hará ya muchos años, primero, él que bajaba ¿errático? («yo diría borracho») por aquel callejoncito... blancos los zapatos y el sombrero, el pantalón blanco, el saco blanco unas veces doblado, en el antebrazo izquierdo, echado sobre el hombro izquierdo el saco, otras («el palillo entre dientes, el palillo entre dientes, o en los labios») habría estado orinando, unos minutos antes, contra alguna pared de zinc o de latón, herrumbrosa pared seguramente, orinando, recostado a algún poste, y luego, cuando ya bajaba... otros pasos, ruidos, un ladrido de perros desde patios vecinos, ruidos, otros pasos, los mismos que se alejarían mucho más rápido, por aquel callejoncito y él, incomprensivo, inclinado casi, de ropa blanca en medio de la noche («no sé si tarareaba, cuando venía, o silbaba una canción») rasgado en medio de las piedras el saco, hacia un lado el sombrero, la luz que los ilumina poco y mal, caído, el sombrero, sobre la corriente de alguna cañería rota, el puño de la mano derecha contra la vieja y mohosa pared de ladrillos, su frente, arrugada cada vez, apoyada irresistiblemente contra el puño de su mano derecha, eso, en tanto habría algo que no podría soportar en el estómago, su mano izquierda justo en el estómago enrojecido, la camisa también enrojecida, el pantalón y la mano y todo, todo, o casi, enrojeciéndose. Después seminclinado, inclinado después, después cada vez más inclinado, arrodillado finalmente frente a la pared («¿caedizo, el palillo entre dientes, o en los labios?») la luz que lo ilumina poco y mal, por aquel callejoncito, umbrátil, hará ya muchos años, de camino hacia el Chorro

« ¿Puedes robar algo para mí?»

Lívica se encoge. Yo, ante la máquina de escribir. O, con sequedad:

« ¿Qué?»

Y vi que se encogía un poco más:

«Tiempo. Robar un poco de tiempo para mí.»

De cuando salía, o saltaba, abotonándose por el costado de la fábrica («irrespirable aquel olor a lejía») blanquísima la ropa (« ¿lo hacía siempre?») o casi, abotonándose, agilísimo como era, alto, el saco blanco en el antebrazo izquierdo, la ropa sacudiéndose ¿asustado? ¿satisfecho? ¿entre asustado y satisfecho?

(«pero si hubo relación o no entre la pistola encontrada en el baño, y los tiros a tu madre...»)

Pausa.

(«o a lo mejor no... dios sabe»)

de ropa blanca, sus saltos por encima de las cercas, o por la zanja cruzando, velocísimo, entre ladridos de perros y revuelos de gallinas, o por el Chorro, y de noche («a lo mejor...»)

Bebía su infusión. Pensaba. Yo: «Puso un muro.» Algodones muy raros. ¿Algodones manchados, restos, de algodones muy raros en el bolso?

La policía...

Yo: «La idea fija.» El bolso suspendido, al principio, de una cuerda en el pozo...

Yo, con esa pesadilla anoche de no saber cómo es posible que todavía haya quien se atreva a besar en el preciso momento en el que se podría sostener algo pérfido en la mano: un cuchillo, unas tijeras...

La misma T., besándome otro día en salida de baño y tacones de punta, con esa indumentaria de mujer... ¿T., con algo pérfido en la mano?

Me muestran, en la penitenciaría, fotos, supuestas fotos de un viejo al que no he visto nunca. Sospechan.

Yo: «Me entero ahora»

Hay un antiguo aparato de amolar en otra. Un tablón...

«¿Y el juego?» me preguntan.

En una bolsa de nylon (eso me muestran) una sábana. Supuesta sábana, eso me dicen... Y señalan foto de algún albañil y un testigo que dijo haber escuchado en el solar yermo: «Ponlo distinto» La policía...

¿Y ahora? —Me exigen una posición que valga, convincente.

Me exigen, primero, y ante los interrogatorios: ¿Quién es T.?

Segundo: Retrato hablado.

Tercero: Escribir en una hoja en limpio el día preciso, la hora precisa, el lugar exacto en que nos conocimos.

¿Otros? : Señalar en un plano exacto ese lugar preciso.

Cuarto: ¿Con quién se relaciona? ¿Qué lugares visita?

Quinto: Y entre muchísimas fotos identificar foto. Se sobrentiende: identificar foto(s) de T.

Entonces uno intenta (¿ubicar?) ese Relato cuasi desde el borde. Tan sólo que lo intenta. Y es el momento en que sale y cree, y no es que sienta, que podría. Lo que sería no una imagen, si no un-efecto: sentada, con esa gorra de marino en el (...) o en un parque. Vaya pasaje. Los dos junto al muro del cementerio, mirando aquel mural, contadas desde aquel mural las tumbas, las estatuas contadas. Siempre he creído en historias que podrían, por supuesto, no ser esta. Ideas que son efectos que no un re-cuento, así de simple. Y que uno siente o, que ya no aceptaría ¿tanto? desde el momento en que salimos y nos asomamos, que un Relato o, que una no-historia, pudiera tener ese, su mero comienzo, en cómo, de hecho, podría vérsese ubicada: el codo sobre la rodilla, la frente sobre la mano. ¿Y el bolso?

¿Ya una vez en un pozo suspendido, en un cesto de basura... ya una vez? Que una cosa pueda ser incluso así:

¿Veré a T.? Había pensado, hará no mucho, en un método para comunicarme, quise decir, especialmente, ¿con alguien? — con T., quise decir.

Y había pensado: *Divina T.* o, *Querida T.*, etc., etc., específicamente.

Perentoria. ¿Hay una pregunta? ¿Quedaría todavía por hacer una pregunta?

«Bueno, no es un método querido ni divino. No es un método»
De separarnos en el mismo punto en el que parecíamos unirnos.

« ¿Allí?»

«Pierdes un poco»

Por un *presunto* intento en el (...) ¿y de homicidio? ¿o de ahorcamiento? Con una sábana en el baño, o en el pozo.

«Son tantas las visiones...»

«Versiones tú querrás decir. En verdad —pierdes un poco.»

Y si fuera que no recordaras bien, o un poco, luego, de algunas sesiones (*sessions*) en que leíamos un tanto, un poco, hasta la noche; en que evitábamos mirarnos y, cualquier cosa, evitábamos. Qué distintos y seguros a la mesa al ver, muy distintos, cómo es que ya empieza a decolorársenos el pelo. Tú dices: «No puedo controlarlo» dices, con aquella indumentaria... Y claro, pues quería creer —no sé cómo lo dirías tú— que te referías a cierta música vana y estridente de por esos días. Sólo dije lo que unos versos que tomé y no traduje, te imaginas, de un poeta rumano: «*Mă — închin la soarele — înțelept, / că suflatu — i fîntînă — în piept.*» ¿Te imaginas? Pues eso dije.

Hundida en el (...) Las manos en forma de bocina grita, me grita, contiene.

Desnuda, con ese cadáver a rastra y que citara ¿recuerdas? de A. P.:

Fue en el puente. Yo estaba desnuda y llevaba un sombrero con flores y arrastraba mi cadáver también desnudo y con un sombrero de hojas secas.

¿Resolvería esa historia del hijo de puta de su vecino que no le dejaba dormir, con el ruido incesante de una llave de agua, abierta, durante toda la noche?

Desnuda. Las manos en forma de bocina — contiene.

Sin contenerse, también entre los oxidados hierros de una grúa.

Volver a oír lo que nunca. «¿Con el fonógrafo? ¿A través del viejo y destartado fonógrafo? ¿Por el fonógrafo?» Ya tú viste: «No le veo la gracia.» A esa hora ¿3 a.m.? Puede que fuera con ese trasto, maldito, condenado aparato. O puede que te muestre así, aunque no quieras, unas doscientas placas que nunca llegarías a oír... que pone y quita y, todas o casi todas, de 75 r.p.m. ¿el resto de 78? Con ese indicio de *scrach* que espanta y enruidece: «Que envilece, tú dirás.» Bueno, a esa hora ¿3 a.m.? Tú sabrás. ¿La policía justo —a esa hora?

Muy confuso, es cierto, era abrir (ya para entonces un poco maloliente) ese bolso. Y no es que la policía... Revertir el instante, verla, de presentadora ocasional en *aquel programa*, 5\$ la entrada, en sala y escenario improvisado (la sala no, la sala es la de mi casa) para algunas de sus muestras. Y me diga: «Lo hago sólo para ti, querido.» Y lo diga, no con voz ronca (*su voz*) si es que lo dice, y lo diga con un tono impostado.

«Podrían venir los de casa y... » Intento precisar, lo cual no parece importarle; lo cual no parece para nada importarle.

Y así es que va y lo resuelve todo con un gesto —ese gesto— el gesto que la haría *irrefrenable*. E improvisa.

Yo: « ¿Es sólo ocasional?»

O ella: « ¿Y no serán estas frutas...?»

Irrefrenable, sí, con una rodaja de tomate en los senos o en los labios, poco a seguro (y es lo que sospecho) que podría levantarme y dar, si tocan a la puerta, una imagen de mí compuesta y favorable, acaso, una imagen serena.

¿Subiría la picuala ya más de lo que habría hecho? ¿Al pozo y el solar yermo, definitivamente, los cubriría? ¿Ante plantas que invaden y la areca vecina, el caisimón que también invade? Se solía escuchar en ese entorno bien la voz de algún albañil:

«Ponlo distinto.»

«Mi idea era bajar un poco la ventana, y que alguien tranquilamente pudiera, ver.»

Tiemblo al considerar la idea.

Y es que con las lluvias debieron haber llegado aquí (T., no especifica) rojas, verdes, incluso blancas, entre cacharros y trastos en el patio. ¿Frutas o semillas?

Sello con una masa de pan aquel punto de hormigas en la ventana. A continuación escribo — no, diría que más bien fijo — una escala, una idea.

Esta es la hora en que no pueden escapársete ¿volar? Salir a trancos.

Escribo: *Sello la cueva.*

Paso los labios por el borde del vaso, vacío, de T., claro. Lo aspiro, claro. Y si todo esto es, y ha sido, es (será) ¿quién lo sabría...?

Y abro, sin pensarlo ya más algún boquete en el (...)

Escribo: *Sé que puedo (si es que no sello la cueva, vamos) mirar un poco las hormigas, esa fila inconclusa, apta. En la ventana — esa fila imprecisa.*

EPÍLOGO

Con sus resortes— amplifica.

«No le digas a nadie que yo... »

O hace, con sus resortes —referencias.

«¿Hay que volver, hay, que tener cuidado [¿al pozo?] de volver?»

Los Quemados, 2000-2005

d o s s i e r

El pan y los cuervos

Carlos Esquivel

El rey dijo hay que comer cebollas, sólo cebollas (somos los más grandes cultivadores de cebollas en el mundo), porque el reino pasa momentos difíciles, y tenemos que ahorrar para el invierno.

Comimos cebollas, los platos llenos de cebollas, las mesas cubiertas hasta el tope con cebollas. Olíamos mal, o no, quizás ya no hubiese diferencia en el sentido del olor. Hubo ahorro de alimentos y por tanto suficientes pertrechos para la muy difícil época invernal que caía sobre nuestra región. Después el reino encontró una estabilidad y dejamos de comer cebollas.

Pero hubo otros problemas, la ruptura de contratos con hilanderas y fábricas textiles, debido a pagos defectuosos o fuera de fecha. Y el rey nos ordenó despojarnos de ropas y andar completamente desnudos hasta que llegase el invierno. De ese modo ahorraríamos vestimentas y el reino podría hallar, en el paso de los días, la restitución de acuerdos comerciales para hacerse de nuevos tejidos y ajuares.

Cuando llegó el frío nos pusimos las ropas, se habían amontonado en nuestros armarios trajes, sayas y vestidos y ahora volverían a la actividad diaria. Al principio fue terrible acostumbrarse a prescindir de ellas, estaba la temperatura que podía ser variable, pero, además, el nudismo a la vista de todos.

El reino logró un acuerdo arancelario, movió las leyes de aduanas y capitales restringidos y pudo de esa forma hacerse de cierta cantidad de envoltorios con ropas manufacturadas y camisas, faldas y pantalones reciclados en un reino muy distante, todo a cambio de nuestras cebollas.

Todo fue bien hasta que un día el rey nos reunió en una de las plazas históricas del reino y dijo que era difícil lo que pediría, que confiaba en nuestro entendimiento y en la manera de saber que, de esa forma, se salvarían para las posteriores generaciones la historia del reino y sus principales figuras.

–El pueblo debe morir –exclamó–. No hay comidas ni ropas para mucha gente. Ya no hay comercio con los otros reinos. Es un tiempo terrible y nos urge. Sabrán comprenderme.

¿Y murió el pueblo?

¿O se rebeló ante el monarca, porque, qué sería un rey sin un pueblo que lo defendiese de los otros reinos?

No. Ninguna de las dos. Llegamos a acuerdos importantes, trascendentales, yo diría, para la hermosa historia de este reino y sus epopeyas. El pueblo andaría completamente desnudo, sin importarnos el invierno o la vista: uno se acostumbra, nos acostumbramos.

Y comeríamos cebollas, porque, eso sí, somos los más grandes cultivadores de cebollas en el mundo.

d o s s i e r

Dragón rosado

Ronel González Sánchez

El día en que Nicanor Romaguera, Almirante Municipal, vino a inaugurar oficialmente el centro turístico “Dragón rosado”, el pueblo de Doceleguas salió a recibirlo.

Nicanor había sido un muchacho tímido que soñaba con el mar, sentado en el portal de su casa de ladrillos mientras el resto de los amigos se divertía montando a caballo. Una vez se había marchado, a bordo de un ómnibus rosado, y ahora regresaba, después de muchos años de estudio, convertido nada más y nada menos que en Almirante, vestido con short, camiseta, zapatos deportivos y gorra de marineró, según correspondía a su rango en el consejo del municipio.

El centro “Dragón rosado” había sido construido en las afueras del pueblo, exactamente donde el río Cachumbambé formaba un meandro en el lomerío, rodeado de árboles frutales y de espesa hierba que fue preciso cortar antes de la esperada apertura.

Nicanor explicó, ante la nutrida concurrencia, que ese centro turístico formaba parte de un conjunto de obras sociales que serían construidas en el futuro, y que comenzaba, precisamente, con “Dragón rosado”, espacio para el disfrute popular que quedaba a disposición de los doceleguanos, en aras de un mejor aprovechamiento del tiempo libre.

El centro contaba con una serie de cabañas de troncos para el hospedaje de los turistas, un restaurante modesto pero bien pintado y alegre, una sala de vídeo, y un local donde se podían alquilar bicicletas.

–¡Es importante hacer una buena selección de las personas que vendrán a divertirse a “Dragón rosado”! –advirtió Nicanor, seguido de los aplausos ensordecedores de la multitud– ¡Porque no podemos permitir que una obra como esta, realizada con la frente en alto y con más moral, confianza y seguridad que nunca, en un período tan difícil, sea maltratada!

–¡Sí, sí, sí! –coreaba el pueblo frente a las puertas de “Dragón rosado”, en espera de que el Almirante culminara su discurso y cortara la cinta de apertura para dirigirse disciplinadamente hacia las distintas áreas habilitadas para la recreación.

Después, Nicanor, quien evidentemente había superado con creces la timidez de su infancia, estuvo hablando casi dos horas acerca del valor de la obra, de las jornadas de trabajo y la cantidad de maderos utilizados, el número de personas vinculadas directa e indirectamente a la construcción, ofrecía cifras precisas y hacía reír de lo lindo a la concurrencia, explicando cómo había seleccionado el nombre del centro, a partir de una película de artes marciales exhibida en su juventud y de aquel ómnibus donde una vez había decidido irse a estudiar.

Ese día hubo fiesta en Doceleguas y el innovador del pueblo propuso una fórmula de refrescos a partir de hojas de almendra, azúcar, hielo y una espiga de arroz como adorno que fue elogiada por Nicanor Romaguera y propuesta para oferta principal del restaurante.

–Cuando ofrezcamos este refresco, aumentará la cantidad de visitantes a “Dragón rosado” –bromeaba el Almirante, palmeando cariñosamente la espalda del inventor– y habrá que ampliar las capacidades de alojamiento.

Nicanor ignoraba, sin embargo, que su profecía se convertiría muy pronto en realidad, y que las áreas recreativas de “Dragón rosado” serían insuficientes. Al cabo de un mes cerca de cien mil personas habían visitado el centro turístico y después del primer año de explotación ya sobrepasaba el millón, para un 20 por ciento de sobrecumplimiento del plan, por lo que se hizo urgente, aumentar el número de cabañas y la cantidad de refrescos, y reducir la entrega de reservaciones a la población.

“Dragón rosado” crecía, pero las transformaciones afectaban a los turistas, que se veían obligados a esperar cierto tiempo para visitar el centro; no obstante, las medidas adoptadas nunca fueron tan drásticas como la decisión de abrir las puertas al turismo internacional.

–El mundo espera de nosotros una actitud brillante –explicó Nicanor Romaguera en una comparecencia televisiva–, y la oportunidad la tenemos ahora, ofreciendo nuestros recursos a otros mercados que, obviamente, a la larga nos beneficiarán.

Inicialmente todos comprendieron las palabras del Almirante. Alguien que había nacido entre las lomas, la carretera central, y el ferrocarril de Doceleguas no podía ser más diáfano, además, Nicanor había sido explícito: “la situación lo exigía y sólo se permitirían las visitas de turistas rosados, para no entrar en contradicción con el nombre del centro”.

Después de colocar una reja de hierro para separar los espacios destinados al turismo nacional y al foráneo, los extranjeros comenzaron a llegar, primero en pequeños grupos y después en grandes comitivas que se reunían en un área especialmente habilitada para ellos, donde también se ofertaban refrescos de romerillo, empanadas de miel de abeja, croquetas de aguacate al plato y galletas de limón con crema de cebolla.

Durante unos cuantos meses, en “Dragón rosado”, convivieron los turistas de distintos países, con los alegres doceleguanos que se conformaban con observar a los rosados visitantes haciendo extrañas piruetas antes de entrar al río, estirados por la noche a la luz de la luna y trepándose en los árboles por las mañanas.

Los problemas comenzaron cuando una joven descubrió la presencia de unos niños verdes caminando de espaldas por el trampolín, acción que estaba terminantemente prohibida para los doceleguanos. De inmediato se designó un comité de expertos para comprobar la veracidad de la historia y no solamente se detectó la violación del reglamento interno sino que además fueron vistos junto al río algunos visitantes azules vendiendo carapachos de jicotea con el nombre DOCELEGUAS escrito con letras de diversos tamaños, situación que rebasaba los límites de la tolerancia.

Los responsables turísticos por la parte doceleguana, decidieron enviar cuanto antes la siguiente carta de alerta e inconformidad:

*A: Nicanor Romaguera.
Ministerio de Salud y Recreación.*

*Distinguido Almirante:
A las 09.30 de ayer, responsables de la atmósfera turística del centro “Dragón rosado”, detectaron a un grupo de turistas azules y verdes inmiscuidos en extrañas mercaderías y violando el reglamento interno, establecido desde la fundación del glorioso centro recreativo que ha acogido hasta la fecha a nueve millones y medio de doceleguanos en sus instalaciones.*

*Le rogamos nos facilite información al respecto y nos sugiera qué medidas tomar en caso de que persista la injerencia de elementos coloreados junto al río.
Atentamente,
Jefe de Orden del centro “Dragón rosado”.*

Y la respuesta de Nicanor no se hizo esperar:

*A: Jefe de Orden Interno Centro “Dragón Rosado” Doceleguas.
Amigo:*

*Con tristeza he recibido la comunicación donde me hace saber acerca de la presencia de lo que usted define como “elementos coloreados” que en días recientes fueron avistados en el área internacional de “Dragón rosado” y a la vez solicita asesoría respecto a las posibles medidas a adoptar en caso de que persista la “injerencia”.
Ante todo le informo que en foro celebrado el mes anterior se acordó permitir la concurrencia de elementos de diversa índole en nuestro centro turístico, sin restricciones respecto a olores, sabores y colores; siempre y cuando no alteren el clima de la región.*

*Afectuosamente,
Nicanor Romaguera
Almirante*

La carta de Nicanor no podía ser más explícita. A partir de ahora los turistas visitarían “Dragón rosado” sin que mediaran restricciones de ningún tipo. Solamente era un poco irritante saber que el Consejo Municipal había tomado una decisión sin contar con la opinión general, lo cual no sólo los molestaba, sino que los desprotegía ante la masiva llegada de extranjeros.

Tolerar que los extraños violaran el reglamento era muy difícil de aceptar y, a la larga, crearía diferencias imposibles de comprender y de eliminar, sobre todo, cuando las orientaciones de Nicanor Romaguera, habían sido sometidas a demasiados cambios.

Fue así como entre los doceleguanos nació la idea de crear condiciones anormales para los visitantes del centro, y un grupo considerable de turistas locales comenzó a estudiar el modo de deshacerse de los indisciplinados que interferían en el habitual transcurso de la vida del pueblo.

Reunidos en casa del famoso Doctor Lo Cura, los inconformes doceleguanos le suplicaron al innovador que inventara algo capaz de dar solución al conflicto, y éste, ni corto ni perezoso pidió que le concedieran unos días, para pensar con claridad en sus posibilidades como ingeniero mayor de la región, y en el futuro de Doceleguas, si no se tomaban decisiones verdaderamente importantes.

Pero los días del inventor parecían tener más de 24 horas, porque llovía, cantaban las ranas, en el monte abandonaban su nido los pichones, volvían a cantar las ranas...y nada. Los coloreados turistas aumentaban en “Dragón rosado”, y el espacio para los doceleguanos era cada vez menor, hasta que llegó el momento de poner los acentos sobre las palabras agudas y llanas que lo requerían.

A partir de una caja de galletas de chocolate y el motor de una licuadora colocado dentro de una olla de presión imantada utilizando los restos de la vieja bocina de un televisor, el innovador creó un insólito arroyo magnético que puso en el río, y los resultados no se hicieron esperar, los turistas se manchaban el cuerpo de tal modo, que no podían seguir bañándose, por lo que, disgustados sobremanera, se vieron obligados a abandonar el centro

turístico, no fuera a ser que todo el mundo se enterara que en Doceleguas un río increíble, transformaba a los bañistas en enormes helados de chocolate.

En menos de lo que chilla un murciélago, los turistas dejaron libre el área internacional de “Dragón rosado”, y los doceleguanos, después de eliminar las rejas de hierro que dividían el lugar, reconocieron el heroísmo de su innovador, nombrándolo “Dragón Honorífico” y “Refresquero permanente”, en un acto al que fue invitado el Almirante Nicanor Romaguera.

–El día de hoy es un día histórico –afirmó el Jefe de Orden Interno del centro turístico, mientras se rascaba una oreja hasta ponérsela roja–, por eso propongo que todos los años celebremos una fiesta a manera de recordación de tan importante acontecimiento.

Un aplauso de la multitud reunida junto al río siguió a las palabras del ya muy colorado funcionario, quien comenzó a preocuparse por la reacción.

–Y nada podrá impedir –prosiguió–, ni siquiera la alergia, que seamos los verdaderos dueños de este establecimiento.

Nuevamente los doceleguanos prorrumpieron en aplausos y exclamaciones de ¡Viva nuestro innovador! ¡Viva Dragón Rosado! y hasta a un niño se le escapó ¡Viva el Almirante! que hizo reír al propio Nicanor quien, acto seguido, pidió la palabra para ofrecer disculpas a su pueblo por los errores cometidos en el pasado. Aseguró no volver a tomar decisiones que afectaran a la mayoría, propuso crear nuevas fórmulas de refrescos para ofertar en el centro turístico e hizo reír a muchos, incluso al innovador que se tiró al suelo y comenzó a sostenerse la barriga con una mano mientras protegía con la otra el trofeo que lo acreditaba como “Refresquero permanente”, cuando aseguró que no podía ocultar que había estado un poco incómodo ante las maniobras secretas de los doceleguanos para expulsar a los turistas, que suplicaba lo entendieran, y que no le prohibieran visitar el río, pues a él le encantaban los refrescos de hojas de almendra y el helado de chocolate.

d o s s i e r

Ser

Luis Marcelino Gómez

Who's there?
Hamlet

Había puesto en práctica su empedernida fobia declarando la santa guerra a cuanto insecto parasitara sus estancias. No creía estar viviendo en simbiótico orden con ellos, como algún defensor de las especies hubiera querido inculcarle. De nada le había servido acaparar un centenar de Venus's-flytraps –minúsculas en comparación con la *Welwistchia mirabilis*– en el vivero donde las adquirió para luego repartirlas por todos los rincones de su propiedad.

Para obtener la *mirabilis*, hubiera tenido que irse al desierto de Namibia. Además, ¿cómo plantar la gigantesca insectófaga alrededor de su morada? ¿Y si, después de traídos los ejemplares, resultaba que el medio no les era propicio? ¿Cuánto dinero no perdería? Por otro lado, ¿le permitirían trasladar las plantas caníbales desde el Cono Sur africano aun presentando todos los permisos en la aduana de los aeropuertos correspondientes, y la documentación exigida por las secretarías de la aeronáutica civil, así como por los ministerios que se ocupan de la salud pública y de la vida privada? Según sus cálculos, cuatro *welwistchiáceas* serían suficientes: una para cada punto cardinal. Pero ¿no resultaría muy peligroso? ¿No devorarían algo más que los isópteros? ¿Y si la desmesurada engullidora se trasmutaba por el uso indiscriminado de pesticidas, o si, cambiando sus hábitos, se convertía en antropófaga? Era preferible el centenar de las diminutas atrapamoscas, que colocó fuera y dentro de la vivienda. Ellas aniquilarían al enemigo en cuanto se acercara.

En vano.

Se decidió entonces por los servicios de la tecnología del exterminio. Puso la residencia bajo carpa a fin de envenenar todo lo que poseyera vida. Para colmo de males, contrató a los hermanos Nuñez Foxy que lo estafaron dejándole viva más de la mitad de la bichería habitual.

La casa estaba aparentemente deshabitada desde hacía una semana. Creerían que dormía, pues en aquel parecer meditaba, urdía, laboreaba. Lo acompañaban inesperadas legiones de individuos semejantes a él. De noche comenzaba el ajetreo entre el barro y la saliva, que había aprendido a usar como los otros. Repentinamente era un miembro más, acostumbrado a coexistir entre ninfas y bajo la monarquía de los que habían fundado la sociedad, en el escondite que enmarcaba las veredas de su hogar de soltero irresoluto. Hubiera preferido pertenecer, desde un inicio, a la casta de los soldados; defender, con su prominente cabeza y sus potentes mandíbulas, el destino de su hábitat. Pero le había tocado el sino ambiguo de las que llaman obreras. Vivía como en un tiempo regresivo su pueril otredad, cuando jugaba con fango y secreciones bucales. A veces le encargaban cuidar los alimentos, o las nuevas crías. O se veía, estimulado por un instinto oscuro para él,

construyendo nuevos laberintos, largos túneles por donde andarían los frescores. No eran pocos los objetos que su reciente apetito, su nueva compulsión, le permitiera catar. Ejecutaba recorridos sin el pavor de ser aplastado, porque bien sabía que en la vivienda nadie podría despachurrarlo. No sólo lo sabía, convencido de sus razones, lo afirmaba refocilándose. Él era el dueño de la estructura donde ahora sus iguales tenían un reino. Se sabía ente especial a pesar de su índole obrera, de su exoesqueleto y de su quitina, pues conservaba en el cerebro, ahora diminuto, su natural erudición. Era febrilmente dichoso. Sentía júbilo por haberse liberado ¡r-a-d-i-c-a-l-m-e-n-t-e! de sus semejantes, de la sociedad y sus compromisos; de su inherente maldición creativa y, sobre todo, de la condición humana. A fin de cuentas, reflexionaba, los robotas, desde el más encumbrado hasta el más simple, siempre se manipulaban unos a otros por inconscientes sistemas de imbricaciones que ni el célebre judío de Freiberg había logrado dilucidar. Ahora sí desandaba el ciclo biológico del cual el robota *infracumanus* le había separado. Mucho tiempo estuvo buscando la manera de abandonar su especie. Alguna casualidad flemingiana lo habría transformado. Conocía, finalmente, la plenitud. Por suerte no hubo de convertirse en una simple oruga educada que, a costa de su exterminio, contribuía, desde perdidos siglos asiáticos, al enriquecimiento ajeno. Poseía esa otra ventura: la de no fabricar un hermoso y rentable nido de fibras que le serviría luego de sarcófago, de donde brotaría un producto tan codiciado como las especias por las cuales Simonia se había encontrado con los europeos mediante el célebre genovés. ¡No! Él no formaba parte de aquella historia de transportes a través de Persia. Sólo pensarle le daba asco. Y escupió un buche de saliva, más grande que el que habitualmente usaba, sobre el barro de su nueva faena cotidiana. La *Bombyx mori* era aliada de su antigua clase. Era un afortunado al no tener que vivir confabulándose con quienes después lo abrasarían con ardores sólo comparables a los de los tiempos del dominico Torquemada. Se hubiera avergonzado de ser, pues, un vulgar lepidóptero, alimentado con hojas de *Morus alba*; sacrificado y utilizado después en el indumento de burgueses ignorantes de su trágica existencia. Con cuanta náusea pensaba ahora en la metamorfosis de huevo a larva voraz entre verdes hojas de morera blanca – nuevamente un fuerte escupitajo– celosamente colocadas por las mismas manos que después lo exterminarían incinerándolo como en Auschwitz, ya pulpa. Lo troncharían casi adulto, listo para extender alas y volar desde la levedad de su matriz de hilos, asesinado por aquellos a cuyo género había pertenecido hasta hace poco. Decididamente, era más venturoso que nunca. Experimentaba una hiperbólica alegría.

–To be or not to be –pensó con estruendosa risa que esparció los últimos restos de madera sobre el suelo de la sala, en las inmediaciones de su ordinario sitio de lectura. Era al alba y dirigía su escuchimizada anatomía de segmentos a un escondrijo predilecto.

Recuperándose, advirtió que casi había olvidado su antigua condición. Se sentó en el sillón de mimbre favorito y, acomodándose los espejuelos, ya bifocales, comenzó a leer el diario de la semana precedente. La fotofobia lo había abandonado. Recordó, de pronto, cierto percance. Había comido algo por equivocación cuando preparaba su ensalada de alfalfa. Justo entonces, una llamada por teléfono interrumpió el gastronómico pecado. Se distrajo. Y confundió la Venus, sobre la mesa y cerca de la fuente donde preparaba sus hortalizas, con su leguminosa. Sí, se había tragado, automáticamente, la droserácea siete días antes.

–Caramba... La drosera colocada en las proximidades del madero generalmente utilizado para aderezar sus verduras –reflexionó.

Entumecido todavía, se estiró en el sillón y bostezó mientras abandonaba el periódico en el suelo. En su descalcidad reparó en la inusitada frialdad del piso. Echó de menos los tres pares de patas, las mandíbulas y las antenas de la semana anterior. Se deprimió notablemente al verse hombre de nuevo en el espejo. Y estuvo llorando un tiempo indefinido.

Tomó el teléfono y marcó el número de la editorial que le publicaba su último libro. Del otro lado alguien, inquisitivamente, le reprochaba su silencio durante los últimos días. Intentó justificarse con su común sinceridad, pero solamente escuchó un rotundo ¡No fabule!, que detuvo el relato de lo que le había acontecido, tan veraz, pero que nadie le creería nunca. Y colgó abruptamente el auricular.

Notó su desnudez, intenso frío, y se fue al dormitorio. Desconectó el aire acondicionado. Observándose los costillares y el abdomen prepúbico, discurrió acerca de los triglicéridos y otras aberraciones. Admitió una muy discreta pérdida de peso.

Luego, experimentando un original apetito, fue hasta el librero donde redescubrió, con inefable regocijo, la necesidad de mordisquear el marco de júcaro, que no pudo ingerir. Entonces tomó uno de sus viejos libros y, mientras lo engullía, comenzó a deleitarse. Una franca alegría recorrió el ancho de sus pensamientos. Ya era.

d o s s i e r

Monólogo en el inodoro **(Breves reflexiones sobre la narrativa joven cubana)**

Yunier Riquenes

En estos momentos resulta sumamente difícil tomarle el pulso a la narrativa cubana. Varias razones contribuyen a ello; en primer lugar la confluencia de varias generaciones de autores, y por supuesto, el incremento de las editoriales en el país. Recordemos que hasta hace poco existían 13 y ya suman 140. Vivimos la primera década de un siglo nuevo con mucha efusividad, lo que me remite a pensar en Palabras a los efusivos, de José Manuel Poveda. En un buen primer intento, el escritor Raúl Aguiar trataba de ubicar la nueva promoción de narradores jóvenes (*La letra del escriba*, número 32, agosto 2004, pp. 2-3). Explicaba que su trabajo “estaba dedicado a señalar algunos rasgos sobresalientes verificados durante el examen de una serie de textos de los más jóvenes narradores cubanos –publicados, inéditos o premiados en concursos–, así como otros analizados durante las sesiones del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso”. Analizaba dos aspectos: el discurso narrativo y la historia. Aguiar se basó en herramientas narratológicas para situar a un grupo de jóvenes pertenecientes a una generación ya definida, y otros que andan en busca de que a alguien se le ocurra etiquetar, me refiero a escritores que nacieron a partir de la década del setenta. El aspecto que quiero marcar es la poca cobertura nacional de textos, libros de autores de esta zona (no capitalina). Pensemos que un cuento no es determinante a la hora de evaluar a un escritor y mucho menos a una promoción, para no decir generación, amén de publicar cuentos en revistas, ganadores o no en certámenes literarios. Solo podríamos echarles un vistazo a escritores como Orlando Luis Pardo, Raúl Flores, Demis Menéndez, Souleen dell Amico, Susana Haug, Jorge Enrique Lage, Yordanka Almaguer, Abel González Melo y más recientemente Gustavo Sabas del Pino y Ahmel Hechavarría, todos de la capital¹, aspecto que demuestra que la narrativa del interior² solo se puede apreciar a retazos, ya que la promoción de las editoriales provinciales no ha sido estudiada, ni siquiera reseñada en espacios puntuales. Es importante señalar las selecciones hechas en la Riso (programa de ediciones territoriales. N. del E.) que han permitido recoger el quehacer narrativo en cada territorio: Matanzas, Cienfuegos, Ciego de Avila y Granma³, al menos las que he tenido la oportunidad de hojear. Los narradores no hemos tenido la suerte de contar con selecciones como los poetas, que han sido compilados en varias, por ejemplo *Cuerpo sobre cuerpo sobre cuerpo* y *Los parques*, por solo citar estas dos, de las que se ha hablado en casi todas las revistas del país. En la narrativa joven cubana persisten las influencias de autores universales, mejor dicho, gran parte de la literatura norteamericana, la inglesa y la francesa, como tres puntos recurrentes, y por supuesto la latinoamericana, con los representantes del boom, quizás con Mario Vargas Llosa y Julio Cortázar como los más imitados. Los jóvenes buscan asideros que marquen la diferencia de tanta efusividad presente en la década de los noventa, cuando los balseros, los gays, las jineteras y los ambientes

marginales saturaban los textos. Repito, aún se mantienen las influencias, pero la percepción del futuro, la situación de los límites y el dolor, son enfocados desde otros puntos de vista. Los jóvenes de la capital, optan en su mayoría por escapar y tratar otros temas, donde la Ciudad de La Habana es el centro de todas las cosas, aunque no se manifieste explícitamente, hay una búsqueda continua de marcar rupturas formales⁴, necesidades de mostrar el alto nivel intelectual de los personajes; el metatexto se convierte en materia prima para la elaboración de los libros. Y en la narrativa de adentro, como prefiero llamarle a la literatura del resto del país, se mantiene el tratamiento de la otra marginalidad, las miserias humanas y materiales son elementos recurrentes, las aspiraciones y las esperanzas, la dureza de un ambiente donde las luces y las sombras se confunden, aunque la mayoría de ellos van marcados por la presencia de elementos de la ruralidad⁵, aparecen diversos ambientes, diversos personajes que enriquecen un amplio zoo, existe variedad de registros que permite conocer las zonas aisladas que también conforman la geografía cubana. Planteaba Tolstoi que “en el arte lo más importante es decir algo propio, nuevo. En esto se distinguen los grandes artistas”. Los más jóvenes debemos de estar conscientes de que el arte de nuestros días debe buscar y crear nuevas formas artísticas, procurar hablar de la vida de hoy con un lenguaje contemporáneo. Los jóvenes, como decía Edmundo Desnoes, debemos “dar mundo, diablo y carne a nuestras letras”.

Junio y 2005.

¹ Estos jóvenes se han dado a conocer a través de los premios Calendario, Pinos Nuevos y David. Hasta el momento (dato curioso) ningún escritor joven, nacido a partir de los años setenta fuera de la capital, ha tenido la suerte de merecerlos.

² En este caso sí se pueden notar textos de autores de otras provincias que a través del concurso de cuentos de *La Gaceta de Cuba* se dan a conocer, o al menos se sabe que existen: son los casos de Julio César Jiménez (Santiago de Cuba), Obdulio Fenelo Noda (Camagüey), Miguel Vanterpoll (Guantánamo) y Yunier Riquenes (Granma). Otros escritores de provincias han merecido otros concursos que no tienen la misma repercusión, pero que no dejan de ser importantes.

³ Estas selecciones, en su mayoría, no están conformadas por figuras jóvenes aunque algunos estén representados. Algunas de ellas recogen el quehacer narrativo del territorio durante largos años, su finalidad no ha sido promocionar a los jóvenes, claro está, salvo *Desde ninguna parte una palabra* (Ediciones Bayamo, 2004), donde aparecen catorce autores y únicamente dos nacieron antes del setenta.

⁴ Aunque cualquier escritor joven de la capital utilice algún seudónimo, el lector puede percibir que el texto que se lee forma parte de un escritor de esta región, incluso tratando temas diferentes. Puede pensarse que existen más preocupaciones por la forma que por el contenido. Las historias a veces resultan intrascendentes.

⁵ Este planteamiento no es absoluto, estos jóvenes también experimentan con el lenguaje, la forma y el contenido, pero la historia es más importante. Les interesa que la historia pueda ser escuchada, quizás, como en los tiempos pasados. Se mantienen tendencias tradicionalistas que son influidas por la narrativa cubana de la república, fundamentalmente, o por otros más contemporáneos como Onelio Jorge Cardoso y Reinaldo Arenas.

d o s s i e r

Apuntes a *Zugzwang*

Efraín Rodríguez Santana

1. *Zugzwang*, título de la novela, según nos explica su autor Félix Sánchez es una denominación ajedrecística elaborada por los trebejistas alemanes que significa: “que has llegado a una posición en que debes jugar, es tu turno, pero ninguna jugada es buena. Sólo te queda no hacer la peor y confiar tu futuro a un error contrario”. O sea, es una jugada que no depende de la destreza, templanza u originalidad que se pueda desplegar, sino del error que podamos provocar en el adversario. Lo trágico de todo esto radica en que se llega a un punto tal de indefensión que se está sólo a merced de lo que ejecute el oponente. Ese estar a merced de un plan preconcebido por otros es quizás lo que mueve la trayectoria errática del personaje principal de esta obra.

2. Confieso que yo le hubiera puesto un título más kunderiano a la novela, algo que se relacionara más con la levedad, el *kitsch*, los sueños y la doble personalidad.

3. Esta novela trata de la historia de un deseo: dentro de 92 días (“nacionales”, según subraya el autor) el personaje central emigrará, con la aspiración expresa de reunirse con sus hijos, romper con el pasado, hacer realidad el futuro de ese día 93 en que ya por fin estará en otra parte, convertir el acto de cruzar una frontera en un presente exultante, casi heroico. Propósito y “delirio” ficcional que conducirá los destinos de esta novela. Deliro que ha pasado a ser parte de nuestro ser nacional en los casi últimos 50 años.

4. Hay un *kitsch* que se refiere a las pasiones encontradas entre los que se han ido de Cuba y los que se han quedado. Entre ambas partes se ha construido un territorio de extravagancias y compulsiones que ha generado el mito de lo que falta, de lo que se añora. El mito de lo que se pudiera conquistar con tan sólo soñar que se está *fuera*, culebrón interminable, pero también macabro, saturado de pérdidas, de muertes, adornado por mantones de santos, por solicitudes y rezos, por envíos y negaciones y por grandes odios que, en vez de desunirnos, raramente y por primera vez en la historia de este país, nos unen más.

5. Estos componentes se definen entonces por un conjunto de técnicas operativas, o sea, cómo llegar a eso que nos salva, que deseamos tanto conquistar, cómo arribar a esa tierra “encantada” que supera a esta “desencantada”. Son relaciones de encantamientos que se mueven en ambas direcciones, en medio de una bullanguería macabra, tristemente célebre, trágicamente *kitsch*.

6. El personaje central trama una ruta para ver cumplidas sus aspiraciones. Es aquí donde lo onírico, lo trastornado, lo imposible despliegan una ejecución como danza de repeticiones, porque también vamos cayendo en la cuenta de que lo que le interesa a ese señor es organizar un viaje que se nutra de una fantasía inacabada, o sea, una fantasía que está siempre renovándose, un

viaje inconcluso. Y entonces aquí aparecen los recorridos familiares, laborales, amorosos, por una ciudad hecha de fragmentos, fijada en el claroscuro. Trayectos que conforman la fisonomía de este sujeto que aspira a la sofisticación de una aristocracia hecha de minucias aldeanas, de servidumbres subsumidas, de un no saber comportarse y de un no saber tener. Aquí vuelve a acontecer esa otra relación *kitsch* entre tener y no tener que tanto ha dado de sí entre nosotros.

7. Podríamos asimismo hablar de una especie de solución nacional de las dos mitades, algo que no llega nunca a realizarse del todo, algo que está escindido, algo que se disfruta por partes y que además está determinado por una línea divisoria que establece un acá de un allá y que también nos caracteriza como pueblo dividido en intenciones y deseos.

8. En otro momento se da una nueva variante de definición de *Zugzwang*: “jugada que se realiza y ante la cual el adversario puede cometer más fácilmente un error”, consideración ésta que remite a una frase célebre que se refiere a la victoria y los reveses, muy popularizada entre nosotros y que deriva en tantas disquisiciones jocosas para la gente común. Por ejemplo, hacer de la vida torturada o malgastada una vida prometedora, una vida consagrada en el porvenir. Un porvenir ficcional, o sea, un porvenir que no se realizará nunca y que será parte inconfundible de ese “suceso extraño” de la novela.

9. El principal acierto de esta obra se expresa en la construcción del personaje protagonista, un viejo que sabe contar sus propósitos irreales con lentitud real. Es retardatario, tiene un “estilo tardío”, como diría Edward Said.

10. Otro aporte es la construcción de una atmósfera enrarecida, un ambiente excepcional donde se practican arbitrariedades, o sea, una manera diferente de vivir, un empeño fantasmagórico, la práctica de unos ritos domésticos vencidos, un balbuceo con sombras.

11. La novela va de la sequedad a la lluvia, de la falta de aire al ciclón. El ciclón cubano está insuperablemente descrito en *Paradiso*. En *Zugzwang* se ubica como telón de fondo del fin de una historia que bien pudiera haberse realizado toda ella entre las paredes de un manicomio, como puesta en escena actuada por locos. Y entonces acude a mi recuerdo la majestuosidad incomparable de *Marat-Sade*.

La Habana, 6 de febrero del 2006.

d o s s i e r

La forma de la espada bajo otra circunstancia

Karell Maldonado O Ryan

Finalmente, se está logrando demostrar que el cuchillo que hirió el rostro de “el inglés de la colorada”, fue el mismo que estuvo (antes, varios años después) amenazando insistentemente el cuello de “Laura Miranda”.

Del cuchillo, lo único que se supo al ser encontrado fue la ausencia total de huellas sanguinolentas. En su lugar, eso sí, la carga húmeda y viscosa de cierto rencor.

Según los comentarios, de no haber sido en este caso por la reedición que hiciera la Editorial Letras Cubanas de los cuentos de Alberto Guerra Naranjo, todo hubiera seguido como antes bajo el marasmo de un olvido incesante. Dicen que fue únicamente en esta última edición del 2002 donde se logró encontrar, casi al vuelo, entre la maleza verbal del primer párrafo de la página 134, el destello impúdico del arma: “...Sólo quiere vivir, apartar para siempre el rencor de un cuchillo...”

Por lo que he oído, esto resultó prueba más que suficiente para demostrar la culpabilidad y la relación insidiosa de dicha arma con “...una cicatriz rencorosa”, de la frase inicial del conocido cuento de Jorge Luis Borges. La deducción, aparte de simple, comentan que tuvo algo de ley estética. Cicatriz rencorosa: resultado lógico de la transferencia directa e indirecta de la cualidad: “rencor”, de un cuchillo. El objeto (rostro) adquiere la cualidad (rencor) del sujeto (cuchillo).

Todos, o la mayoría, aseguran que bastó una simple relación silogística, o la sencilla coincidencia (¿verbal?) entre la apariencia de la herida ya cicatrizada, y las manchas (¿verbales?) de rencor halladas en el arma blanca. Otros, en cambio (los menos) alegan como suficiente la necesidad acuciante de abandonar, alejar, espantar o desprenderse de una metáfora.

Lo cierto es que ya no va quedando la menor duda al respecto. Todo parece indicar que ésta, y no otra, fue el arma que provocó la horrible cicatriz del personaje del cuento de Borges. Un cuchillo rencoroso debe –por ley– llevar a alguna parte su cualidad/odio; debe estampar su rencor eternamente en algún rostro. Por ende, una cicatriz rencorosa (y hasta ahora parece ser la única con esta característica dentro del enorme entramado laberíntico de este mundo literario) es –por ley– la prueba de su culpabilidad. Además, para mayor seguridad, y por si fuera poco, se supo “de buena tinta” no hace tanto –aunque creo ya se ha confirmado– que el atacante (años después, 1998; mucho antes de haber provocado la famosa cicatriz borgeana) nunca fue consciente de la verdadera identidad de la supuesta Laura Miranda. En aquella ocasión, creyó todo el tiempo que amenazaba con su cuchillo el cuello de una tal Julia Pérez Pérez. De igual manera, me he enterado que resultó también falaz el nombre y la identidad del inglés de La Colorada.

Afirman que, acosado tal vez por algún extraño remordimiento; intentó, durante el interrogatorio que se le hizo, convencer a todos de que era en realidad alguien de apellido Moon.

Sin embargo, resta aún una interrogante, por lo visto difícil de resolver. De ser éste –como justamente se ha demostrado hasta ahora– el cuchillo agresor, nadie se explica de qué manera y por mediación de qué técnica o estrategia espacio-temporal, este acero francamente homicida pudo acercarse o llegar a aquel rostro específico del pasado (1942). De cómo pudo herir, incluso antes de que él mismo existiera, es algo que todavía nadie entiende. De momento, la mano que lo portó alguna vez no ha sido encontrada.

“Sigue en pie el miedo a la polémica”

Un diálogo con Antonio José Ponte

Michael Hernández Miranda



*En una revista cubana he encontrado nuevos poemas de Antonio José Ponte. Reparo en que lo que debería ser común en su caso, por ser uno de los escritores cubanos más reconocidos de su promoción, se ha vuelto una rareza, acaso por el matiz polémico verificable especialmente en su obra ensayística. Desde 1997, cuando su poemario *Asiento en las ruinas* fue editado en La Habana por Letras Cubanas, ninguna editorial estatal cubana lo ha sumado a su catálogo. Paradójicamente, sus libros no han dejado de aparecer lo mismo en España y Francia que en México o Estados Unidos, igual en inglés que en español. Visto de ese modo, los poemas que leí representan algo así como una despedida de la letra impresa dentro de la Isla. Pero no fue de eso que hablamos, aunque lo hubiera deseado yo. No se habla de adioses, tal vez como algunos viejos sugieren no hablar de la muerte. Porque es sobre todo un excelente crítico, el tema esencial del diálogo que sostuvimos una mañana en su casa de la calle Villegas, fue justamente ese arduo oficio: el del crítico y el estado de la crítica literaria en Cuba, sus carencias y posibles rutas de futuro. Una vez más, los lectores de Bifronte tienen la exclusiva.*

Para comenzar, ¿son esencialmente correctos los deslindes entre crítica y ensayo?

Cuando yo comencé a publicar algunos trabajos en revistas cubanas el campo de la crítica literaria estaba marcadamente dividido en dos áreas: crítica y

ensayo. Crítica era, para describirlo muy rápido, la concebida al estilo universitario, aquello que cualquier tesis o trabajo de grado exige: notas a pie de página, bibliografía, autoridades, y la obra muchas veces puesta en función de alguna teoría predeterminada. El ensayo, en cambio, aparecía muy poco en esas revistas. Resultaba peligrosamente ligero que alguien escribiera sin citar autoridades, o haciéndolo sin que el citar constituyera el meollo del asunto. El ensayo, a diferencia de la crítica, era visto como trabajo de aficionados, de aficionados que gastaban su tiempo en realzar el yo. O sea, trabajo de muy dudosos resultados. Era ése, en resumen, el dilema al que uno tenía que enfrentarse si intentaba publicar en una revista cubana su opinión sobre un libro o un autor. Y no creo que las circunstancias hayan cambiado mucho. Pero a mí lo que me interesaba (y aún me interesa) al acercarme a un libro era averiguar como éste ha ido haciéndose, con qué materiales fue gestándose, hacia dónde tendía su autor con esa obra... Es decir, adivinación del pasado y pronóstico del futuro.

Por supuesto que no tengo nada en contra de los profesores universitarios, aunque sí en contra de la manía de utilizar obras literarias como pruebas de convicción.

Algunos plantean que en las últimas décadas dentro de Cuba han existido buenos críticos, pero no existe la crítica como cuerpo.

Ah, creo que en caso de que existieran esos críticos tendríamos por fuerza que contar con mejor crítica de la que padecemos, ¿no? Durante un tiempo deseé encontrar en las publicaciones cubanas algo que mereciera ese título. Leí dispersiones y balbuceos tratando de ordenarlos, pero será mejor que no nos engañemos: esos balbuceos y dispersiones arrojan muy poco en conjunto. Y en tanto no sea entendida como problema la literatura, en tanto el escritor no constituya un problema, la crítica literaria contará con muy pocas oportunidades.

Hablo de un problema a la manera detectivesca: algo se indaga, hay un misterio alrededor de tal o más cual libro. Es debido a esa razón que me parece fundamental lo hecho por Borges respecto a la crítica literaria: ficcionarla, planearla con amenidad, forjar un argumento (hablo de ficción) de varios argumentos (hablo de discusión), procurarle el suspense inseparable de las buenas narraciones.

No hallo crítica de valor cuando sus hacedores traen preparado el instrumental y no consiguen transmitir la pasión del asombro, cuando la literatura les sirve para confirmar una teoría preestablecida. No hay aventura en un oficio dispuesto así, sino una práctica conservadora, ejercicio de digitación para individuos sedentarios. Así como tampoco respeto a una crítica literaria que hace abstracción del gusto, empeñada da igual en cuál pieza con tal de que ésta encaje en determinados prejuicios, crítica hecha no desde el amor ni el odio, sino desde la indiferencia y el automatismo.

¿Y ese vacío, a tu juicio, a qué se debe?

Principalmente a la censura oficial. La aparición de una férrea censura política a fines de los 60 y durante los 70 barrió con el pensamiento crítico y la afición a hacer objeciones. Y un ejercicio tan acostumbrado a remitir al yo como es la crítica literaria tuvo que resultar endeble, debió padecer la misma fragilidad que aqueja en Cuba al sentido de lo individual.

Esa censura política no ha dejado de estar presente desde entonces, aflojada si se quiere, sutilizada, pero actuante aún. Y sigue en pie el miedo a la polémica, el temor de los críticos a crearse enemigos, a dar pisada en falso, a soltar prenda, a hablar demasiado...

Entonces, primero la osadía y luego la subjetividad...

No, primero la subjetividad. Porque ser uno mismo requiere ya, en cualquier circunstancia, cierto grado de osadía. Una subjetividad significa gustos entrañables, disgustos viscerales, entusiasmos. Es cuestión altamente emocional esto de que hablo, suele tildársele (casi siempre peyorativamente) de impresionista. Pero cuando las impresiones llegan a ser de tal manera viscerales resulta que no nos encontramos ya en las superficies.

¿Y entre esos factores no está la ausencia de debate a nivel social?

La crítica literaria cubana no deja de ser celebratoria. Según ella, se suceden los libros excelentes, las magníficas antologías, las premiaciones justas. Mucho alabarse entre amigos porque los literatos de la isla constituyen una sola familia del cariño. (Noticias bien distintas se escuchan en los corrillos.) Aunque acostumbrados como parecemos a lo indiscutible de una sola versión de los hechos, aceptadores de una ortodoxia, ¿cómo podría soñarse aquí y ahora con debates, con verdaderos parlamentarismos para la literatura y otras artes?

En el terreno de la crítica y el ensayo, ¿quiénes han sido paradigmas para ti?

Podría intentar una lista de piezas favoritas o enlistar mi ignorancia. En *Roland Barthes por Roland Barthes* se habla de cómo un escritor (o al menos el escritor que fue Barthes) puede darse el lujo de no haber leído a Hegel. Igual que a la hora de ingerir platos desconocidos, confío en mi intuición para saltarme lo indigesto. Aunque también creo preciso olvidar algunos prejuicios con el fin de mascar ciertas sorpresas.

Soy un lector gustoso de esa crítica literaria que consigue espléndidas biografías de escritores tal como hizo Leon Edel con el grupo de Bloomsbury o Henry James, Richard Ellman con Wilde, George Painter con Proust...

Ensayistas detenidos ante un poema o un libro que intuyen que el modo más ambicioso de explicarlos pasa por explicarse el momento en el cual fueron escritos. Avanzan, pues, hacia la biografía, hacia la novela de una vida. Y creo que mis pasos me llevan también hacia allí. Lo que he hecho hasta ahora con el grupo *Orígenes*, con Julián del Casal, con Martí, es acercarme a una posible biografía de ellos. (Acercamiento aún somero, debo reconocer.)

Y es curioso que existan tan pocas biografías en la literatura cubana. Quizás una de las razones para tal escasez resida en el hecho de que el escritor cubano (hablo aquí de un hipotético hombre medio) muy pocas veces resulta un misterio. Ni siquiera para sí mismo, a juzgar por la falta (también notable) de memorias y de autobiografías. Visto así, el escritor cubano no gusta de interrogarse, evita la polémica hasta con su persona.

Antonio José Ponte (Matanzas, 1964). Poeta, narrador y ensayista. Tiene publicados, entre otros, los libros *Asiento en las ruinas* (poesía, Letras Cubanas, 1997). *Corazón de skitalietz* (noveleta, Reina del Mar Editores, Cienfuegos, 1998). *Cuentos de todas partes del Imperio* (Editions Deleatur, Francia, 2000). *Las comidas profundas* (ensayo, Francia, 1997, y España, 2001). *Un seguidor de Montaigne mira La Habana* (ensayo, Premio de la Crítica en Cuba, Ediciones Vigía, Matanzas, 1995, y España, 2001). *La lengua de Virgilio-La ópera y la jaba* (ensayo, España, 2000). *Contrabando de sombras* (novela, Mondadori, España, 2002). *El libro perdido de los origenistas* (ensayos, Edit. Aldus, México, 2002). *Un arte de hacer ruinas* (cuentos, Fondo de Cultura Económica, México, 2005). Próximamente aparecerá en España su novela *La fiesta vigilada*.

tampoco me tiene porque día tras día / noche por noche
yo pienso en la felicidad.

Digo:

Mirar una casa / Disfrutad un viaje / Tal amor...
Cualquier familia al final es un pueblo que quiere las cosas
bastante cerca.

Al final, sin embargo, nunca veo la Imagen:
Una casa es mayor que cualquier inventiva finalmente.

“No pudisteis leer en las sombras”,
concluía una Voz
colocada por encima;

una
que no necesita moral...
Es verdad —respondí / pero puse primero
la maleta de tela
a mojarse con lluvia,
polvorearla después, cepillar...

La obsesión aparece no más si hay preguntas.

Me preocupa un hermano por cuanto también se le ha dicho
“Muchacho: más joven que el Viento, y antigua mucho más
es
totalmente absoluta
la Belleza”;

y él la vió relativa
y otra vez como META
y la ha ido a buscar...

Yo no voy a creer cómo Ud. desconoce
que aquella o *aquesta* familia
mejor o peor
en las noches
luminosas o negras

saca la silla
esperando las 10:00.

Lunes de la pascua vida

Los Lunes de la pascua vida, mis pasos desembocan en la mar
y los hombres

que ya estaban en «la Esquina»
acumulan una larga noche
desde la 2da. Edad.

Yo acumulo algunas.

Bien: Odio a las Empresas de Hidroeconomía
Odio en fin a las Empresas
Quiero destruirme sin imitación, No hay una manera del amor
contemporáneo.

Donde dice pascua tiene que decir maldita

Pero uno *ve* estos días *diferente* para serlo.

Por último: no creo que yo ame desde que la niña,
cansada con la lumbre,
pudo abandonarme/

alguien me destruye.

Hubo frutas pequeñas en sus árboles, y las grandes,
en los tallos de mi altura –que no soy (Oh no, no/ nunca) un Mont_.

Raya

“No hay ideas frescas”

solamente el mover
de las mujeres diversas en el filo.

Si primero ves cuatro mujeres buenas
y a continuación

otras tantas marchitas
y por último una, digamos de pelo rojo/ pelo carmín
que se conserva,
el mundo no debe ser feliz
y tú

con tus estrellas de esquilache
la verdad/ sólo ésta/ nada más)

eres un corazón.

Y si en el PARK ya ves

a unos hijos abrazados,
a otro con su mente solo, y también ves colectivos
es que la vida

palpitando ciega
pudo ser verde
e incluso, puede saludarte.

e l v e r s o l i b r e

La belleza de los condenados

Irela Casañas Hijuelos

La belleza de los condenados

La libertad era como la belleza pero más complicada.
Nos confundía teórica y dispersa.
A tiempo no supimos
siempre fuimos nosotros la perfecta distancia.

Ellos nacieron con la idea
de atravesar al hombre para tener el mar.
Incautos.
Vulnerables.
Golpean sus cabezas contra el sagrado pedestal.

Nosotros por acá
leyendo las noticias,
respirando.
A ver si conocemos al que robó los almacenes.
Su nombre marginal sale en la prensa,
y será repetido por los guardias del fondo.
Veremos su cabello enredarse en barrotes.
Al mirar en sus ojos
habrá que recordar un bosque seco.
Esta imagen inerme contamina.
Esta imagen perturba,
pero nos alimenta.

Es hermoso el poema que escribió el condenado.
Podemos imaginar su celda húmeda,
si tuviéramos una humedad tan triste como esa
nuestros versos serían trascendentes.
Al final está su nombre efímero
ese que pronunciamos en susurros.

Los del fondo se burlan mientras fuman historias.
piden versos de amor y de mujeres.
No saben la distancia entre el suelo y el hombre.
No conmueve su ojo la belleza callada.

Nosotros por acá, creyéndonos a salvo.
Admirando de lejos la belleza,
La inaudita belleza de los condenados.

Cuerpos de la década

No serán cuerpos los que caigan, jóvenes
desde los altos pisos de becados,
sino el polvo de aquel trigo ruso,
nutritivo y feliz
como su descender
sobre oscuras aceras de La Habana
y sobre el mar.
¿Aclarar los 70 bajo el color del polvo?
No era lo correcto.
Cien horas más acá ¿Qué es lo correcto?
Algunos cortan venas en el olvido enorme.
Algunos no son débiles y cazan los países.
Otros serán mi cuerpo
el rey
y cada día.

Hice el amor con los ministros.
Me pareció bien.
Me pareció correcto.
Llegará el tiempo de repudiar al que otra vez lo haga
Todos llevamos la razón en las edades
La oreja única.

Ideas apagan la distancia.
Puedo ver los envases rodear f y 3era,
tu juventud curada en la década gris,
la mía
esperando en la última fila.
Tranquilos todos.
No lanzaré mi cuerpo desde las alturas
menos aún el polvo que no tengo,
tengo la sutil energía
el indomable espanto
indomable temblor
ante la libertad.

El regreso

Yo, que supe las vidas de Courbet,
de Guillermo Vidal y de Walt Whithman,
no conocí tus años desbordantes.

Amaste una ciudad y me tuviste,
para sentir acaso,
la drástica violencia de ser madre
y empezar a vivir
otro de los deberes infinitos.

Yo viajé en muchos barcos, muchas lenguas.
Daba gracias al Sol
si cálida y sin hijos retornaba.

Daba gracias al fuego por la isla
creciendo suavemente ante mis ojos.

Yo canté a los fracasos imposibles.
Y nunca susurré
una palabra como un manto,
una señal
al ver tus manos lastimarse
mientras lavabas mi uniforme adolescente,
cuando la paz era la guerra,
cuando sobrevivir era la orden.

Un oficio tranquilo

Viajo en trenes oscuros.
Pienso en definiciones inútiles y exactas.
La paz es el silencio de los muertos.
Yo escarbo en el sórdido minuto de los vivos.
Lo oscuro es otro comienzo de la náusea.

El grito

El grito de este siglo detiene mi existencia.
Un puente inalcanzable pero cierto.
Nunca llegué a creer,
las horas me agotaron tratando de asumir el sello cultural,
la lengua exacta, las maneras.

El grito es poderoso pero escaso.
No vibran las ciudades ni sus jefes.
En su mutismo queda
el que sin conocerme ya me odia
y morir es entrada para las ilusiones.
Yo no quiero morir ni hacer la crónica.
El Sol se eleva para todos.
El Sol hace los días de todos
y el susurro.
Yo no admiro su luz disciplinada.
Yo no escribo poemas a su angustia.
El puente me obsesiona antes que su trabajo,
como la palabra que en realidad, no existe,
o como el grito eterno del suicida que vive.
Mi propio grito.

r e - c i c l o s

Sobre las relaciones entre el Estado cubano y la Iglesia católica

Juan Gualberto Gómez

El 26 de enero de 1901, ante la Asamblea Constituyente, Juan Gualberto Gómez pronunció este discurso sobre las siempre difíciles relaciones entre Iglesia y Estado. Por su actualidad, Bifronte reproduce sus palabras, también como tributo a la memoria de este cubano íntegro.

Si yo me opuse y sigo oponiéndome a que nosotros en un artículo constitucional determinemos qué clase de relaciones haya de tener el Estado con las iglesias diversas que pueden establecerse en el país, es precisamente, señores delegados, porque estoy convencido de que en la Constitución no debemos poner nada más que lo que es esencial y fundamental, y entiendo que no es esencial ni fundamental dentro del estado actual de nuestro país el venir a suscitar y plantear ese problema, cuya resolución ha de depender, digan lo que digan los que aquí llaman sectarios a los que como yo son en realidad indiferentes, no de un artículo de la Constitución, sino de las circunstancias mismas en que el pueblo se mueva.

Por otra parte, yo conceptúo que es una doctrina antiliberal, que nosotros, aprovechándonos de la circunstancia de estar aquí reunidos para un mandato definido, pretendamos ligar el porvenir, cerrar el derecho de nuestro pueblo hacia el mañana, deteniendo su impulso quizás, porque entendemos aquí realmente que el sentir de nuestro pueblo es contrario a lo que queremos imponer hoy aquí. El temor de lo que haga un gobierno futuro, como decía el señor Fernández de Castro, confundiendo a mi entender el Poder Ejecutivo con el poder de la República mañana, no existe, puesto que esto no lo podrían hacer al fin sino Cámaras tan elegidas por el pueblo cubano, quizás mejor elegidas que nosotros, por medio de un sufragio más amplio y con una preparación política superior a la que nos trajo a este sitio. ¿Con qué derecho hemos de impedir a esa Cámara, a ese gobierno independiente, deliberando en condiciones más libres de las que nosotros tenemos, siquiera sea en el orden moral, puesto que no estaría aquí el extranjero, aunque sean libres los interventores, con qué derecho debemos impedirles velar por los intereses de la nacionalidad cubana, si entendieran que esos intereses les obligaban a tomar determinadas resoluciones respecto a muchas de las cosas que necesariamente han de mantener una estrecha relación entre el Estado y la Iglesia?

De mí sé decir que del examen práctico, no teórico, no basado únicamente en los libros, sino en pueblos muy diversos con Constituciones muy diversas, como son Francia e Inglaterra, me inclino a dejar en manos del Estado

cubano, si es conveniente y necesario en el día de mañana, el poder dirigirse con las facultades soberanas que la Constitución pueda dejarle, al poder o a los poderes supremos de las diferentes iglesias, para poder regular con ellas el modo como aquellas iglesias habían de desenvolverse dentro de la sociedad cubana.

Otro es el peligro. Si yo me preocupara aquí más de los intereses religiosos de una iglesia cualquiera que de los intereses de la sociedad civil cubana y del Estado libre e independiente de Cuba, yo dejaría que se pusiera impunemente ese artículo en la Constitución, porque debo deciros aquí, en voz muy alta, que no será, no, la Iglesia la que experimente la necesidad de vivir en relación con el Estado cubano: lo que yo me temo es que la Iglesia sea la que no quiera tendernos la mano (...) porque al cabo y al fin... ¿sofisma? Librepensadores, como un Jules Fabré; librepensadores más positivos que el señor Bravo, que se casa en la Iglesia y que bautiza sus hijos; librepensadores como Ferry, librepensadores como Gambetta, librepensadores como Paul Bert, jamás han querido en Francia la separación absoluta de la Iglesia y del Estado, porque preveían peligros para la existencia de la República francesa y la libertad de aquel pueblo; porque, oídlo bien, señores delegados, éste es un pueblo donde no ha habido hasta hoy, y quiera Dios que perdure, donde no ha habido fanatismo religioso. ¿Sabéis por qué? Porque la libertad y tolerancia religiosas han sido grandes, no solamente entre las relaciones del pueblo con la autoridad, sino hasta en las relaciones de la misma familia; pero este pueblo que no ha sido jamás fanático, fue y es un pueblo católico, éste es un pueblo donde la Iglesia Católica está arraigada, donde en realidad de verdad el culto católico ha sido el único que ha arraigado de una manera positiva, no solamente por la protección del Estado, sino por las condiciones políticas propias de nuestra tierra. ¿Qué es, señores, lo fundamental, lo que da arraigo, lo que da vida al sentimiento religioso en nosotros? No lo quiero decir con el lenguaje impropio mío; os lo voy a decir con el de un hombre nada sospechoso, que no debe serlo para ninguno de los librepensadores aquí presentes; os lo voy a decir con el lenguaje del jefe del socialismo francés, Jaurès. ¿Sabéis dónde está la fuerza del sentimiento religioso católico? Está precisamente en el sentimiento de los pueblos que se sienten oprimidos, desgraciados y esclavizados, y como ésta fue una tierra de esclavos, una tierra de despotismo, aquí había un lugar donde únicamente las almas podían encontrar algo que las tranquilizase, que las consolase. Jaurès decía: *Vosotros habéis arrebatado al pueblo la fe en Dios, las creencias religiosas; si no le dais bienes materiales, libertades políticas ¡ah! así hacéis del pueblo un desesperado; si le arrebatáis esa fe, tenéis que darle grandes bienes y decirle que en este mundo es donde tienen que disfrutar, en donde tienen que gozar, ya que le habéis privado de todas las bienandanzas del otro mundo ideal.*

En los tiempos pasados, en los tiempos medievales, se les hacía esperar la recompensa de sus penas y el consuelo de sus afanes en esta tierra; soy testigo abonado de estas cosas; yo que no tengo absolutamente ninguna especie de fanatismo religioso; yo que no soy por desgracia mía un creyente, como algunos de los que aquí se levantan; pues bien, señores, dentro de ese orden de cosas, yo me pregunto aquí, donde en la actualidad hay un arzobispo, donde hay un obispado y ciento diez y seis parroquias, que no podéis suprimir con vuestro criterio ni con el mío y que no os podéis mezclar en cuestiones de iglesias en que no conviene que os mezcléis; pues bien, ¿es lo mismo que el Papa nos mande ciento diez y seis párrocos, escogidos a su antojo, quizás con sentimiento de hostilidad hacia el Estado que le demuestra desde el acto de su nacimiento un sentimiento de repulsión; creéis como políticos, como hombres previsores, como hombres de gobierno; vosotros

creéis práctico que debéis abandonar al azar y a la voluntad de un poder extraño la implantación de ese Estado dentro del Estado cubano, que sea esencialmente hostil a nuestra República independiente y soberana? Por mí, yo no lo creo; por mí yo temo esa contingencia en el porvenir; yo no os digo que vayáis a pactar con la Iglesia, yo no os digo que vayáis a establecer aquí los cimientos de esa clase de relaciones; yo sí os digo que no debéis en manera alguna impedir que el Gobierno futuro, mejor dicho, que los Poderes Públicos de la República, si lo entienden convenientemente, lo hagan si cabe, que al fin y al cabo debemos pensar que serán tan cubanos como nosotros los que nos sucedan y que estarán animados como nosotros del espíritu democrático.

Por otra parte, señores, pensadlo bien, todo lo que parezca persecución de la Iglesia, y por más que no lo queráis se ha de tomar esto como un síntoma de hostilidad; todo lo que sea perseguir a quien no nos molesta, a quien no nos ha molestado hasta ahora, eso ha de ser contribuir de una manera poderosa a robustecer su influencia. Yo os recordaría unas palabras profundas pronunciadas por un gran orador español, Ríos Rosas, cuando decía: *...que cuando las generaciones testadoras pretenden ligar las manos a la generación heredera, si lo logran, suena entonces en el reloj de la historia la hora fatal de las revoluciones.*

Por suerte nuestra, vosotros no vais a poder dejar ligadas la suerte ni la voluntad de las generaciones herederas, de las generaciones del mañana, y ¿sabéis por qué?, porque esta Constitución, que adolece de muchos defectos, tiene una sola ventaja que la hace recomendable a todos, absolutamente a todos: está animada de un sentido liberal; es fácilmente reformable. ¿Pensáis en manera alguna que si aquí ponéis en la Constitución la prohibición de que se puedan establecer relaciones entre el Estado y la Iglesia, ya habéis resuelto el problema? Eso será para la Iglesia cuestión pura y simplemente de brevísima propaganda; vendrá una Cámara que votará esa reforma, y entonces habréis iniciado vuestra vida constitucional con un artículo innecesario y peligroso.

Tomado del volumen *Cuba: Fundamentos de la democracia. Antología del pensamiento liberal cubano desde fines del siglo XIX hasta fines del siglo XX*. Compilación: Beatriz Bernal. Madrid, España.

Contra poesía

Iosmar López

¿A quién se le puede ocurrir, a pesar de todo lo que nos queda por leer de los clásicos, interesarse críticamente por un mal libro de poesía? ¿Cuántos lectores sacrificarán dos horas de sus atribuladas cotidianidades para leer pésimos poemarios y de paso tratar de entender por qué los jurados de ciertos premios literarios de relevancia en Cuba han mandado de paseo el rigor? ¿O es que han retornado aquellos tiempos en los que parecían existir conspiraciones entre la mediocridad política y el desparpajo poético?

Cualquier librería cubana que no esté en peligro de derrumbe y no haya sido tragada aun por la voracidad del peso convertible, muestra en sus estantes algunos ejemplares salidos menos de la justicia valorativa que del paternalismo editorial y la bobería epidérmica que parece asolar a zonas cada vez mayores de la literatura cubana actual. Porque a qué responde si no a un complot entre pillos que un libro tan ramplonamente condenado al olvido desde su nacimiento como *Figuras de tormenta*, de Mario Martínez Sobrino, haya resultado ganador del Premio de poesía Nicolás Guillén 2004 --dicen que “el más importante” y mejor dotado en dineros (eso sí) de cuantos se convocan en la Isla-- y circule por todo el país con una nota de solapa donde se asegura su “complejidad” y la “estética del cuerpo” que proyecta.

Figuras de tormenta es ciertamente una pieza en el paupérrimo entramado literario cubano. Y es otro descompuesto brochazo de una política cultural muy poco dialogante y autocrítica. Esa práctica conduce a legitimar obras de muy baja estofa, asépticas, personalizadas desde lo indescifrable, el quietismo o el vano intento de dar continuidad a poéticas que a menudo evaden los centros más arduos de una existencia difícil. Es lo que abunda hoy en librerías cubanas: variaciones esquizoides, palabrería huera, desangrada, que viene del aire y muere en él.

Publicado en La Habana por la Editorial Letras Cubanas, *Figuras de tormenta* quiere ser, según la escueta, pero rotunda nota, “la revisión ética de la relación erótica y una personal postulación de una mística existencial”. Con eso tuvo suficiente, al parecer, el jurado para conceder a Martínez Sobrino el más codiciado galardón entre los poetas del hoy cubano. Pero sucede que al hojear el volumen de más de 70 páginas de oscuro papel gaceta, se encuentra el lector ante un rosario de pésimas elucubraciones que se alejan del rigor poético tanto como se aproximan al dislate sintáctico. ¿O no es esto último lo que leemos en el fragmento siguiente?:

Rostro de tú
En la verde en bronce figura que entremira
El porque sí de la lluvia
Y el extraño estar que nos hace este ahora

Mirar como falta de un instante
¿Qué le escapaba con la lluvia

Y tú
Traslúcida y repente
De su gesto de mirar te haces
Te haces de su ahora (...)

¿Dónde está lo auténtico en este libro, dónde el poema llamado a perdurar, dónde su alto valor estético para ponerlo a circular por todo un país de desorientados lectores que, con todo, podrían considerar un chiste de muy mal gusto la validación de este libro con el premio que dice honrar la figura de quien fue denominado el Poeta Nacional?

No diga nadie que “Morada de yagrumas” es un gran texto, con sus grandilocuencias chirriantes, su versificación estirada a base de verborrea y su trasnochado erotismo de taller literario. No mencione nadie que sus poemas breves (“Y se apaga la noche”, “Cuerpo ausente”, “Tu nombre”, “Vez”, “Magnificat”) son piezas maestras, como no sea de lo fugaz o de lo que jamás debe hacerse, pues no alcanzan siquiera la estatura de un epigrama recordable. O que la interminable enumeración de “Cantos rodados” salva al volumen, pues sus cacofónicas reiteraciones de una misma palabra, agua, indican solo pobreza de recursos.

No dejemos de señalar quién o quiénes pudieron recomendar la publicación de este crimen de lesa poesía, ignorado hasta por el Premio de la Crítica, que ya sabemos. Es sencillo. Aquí están sus nombres, pues aparecen como para escarnio público en una de las páginas del libro: una terna integrada por los poetas Francisco de Oráa, Guillermo Rodríguez Rivera y Teresa Melo, esta última ganadora de la anterior edición del concurso.

Rodríguez Rivera, como si no bastara su voto, escribió a propósito de este mal paso, según se acota en la solapa del volumen: “Es un libro de profundidad y de trascendencia, con originalidad y perfección en la composición. Está enraizado además en lo cubano.” Si nada de esto se puede verificar en más de setenta folios quedará siempre la duda de cuál poemario leyó Rodríguez Rivera y cuál nos tocó en suerte leer a nosotros.

Ya conocemos que *Figuras de tormenta*, amén de su horrible título, no es un buen libro. ¿Qué se premió entonces? ¿Acaso un currículum, los magros frutos de una vida consagrada al olimpo de las letras nacionales? Nos quedaría el consuelo de que al buen obrero Martínez Sobrino se le concedió un estímulo sindical, como años ha se otorgaban refrigeradores y motos, y hoy cazuelas y televisores Panda. Pero no. Tal argumento puede resultar más dudoso todavía. Un puñado de intrascendentes poemarios es todo cuanto muestra el autor en su ficha biográfica, donde se refiere que es poeta, traductor y crítico y nació en La Habana en 1931. No sé si se puede ser buen crítico con la obra propia, pero cuando menos se les deben ahorrar ciertos trances a los lectores haciendo honor a aquel artefacto llamado “detector de excremento” por Hemingway. O bien a aquella anécdota de Antón Chejov, quien recomendaba a los malos autores que no dudaran en publicar sus libros, pues de echarlos al cesto se encargarían sus lectores.

La razón por la que nos quieren pasar agua por ron en estos casos no es fácil de dilucidar. Tampoco es sencillo entender por qué al más importante premio literario cubano lo han convertido, por obra y gracia de tanta mediocridad complotada, en el mejor vehículo de legitimación contra la poesía. ¿A cuántos buenos libros perjudicó esta decisión? No lo podremos saber. Además, ya no valen. Pero a jurados y editores sí valdría recordarles que en literatura los errores se pagan muy caro: las torpezas se publican, están a la vista y todo el que desee perder dos horas de sus ratos libres intentando descifrar las motivaciones del trueque, puede darse una vuelta ahora mismo por cualquier librería cubana.

Un megavatio de poesía cubana

Luis Felipe Rojas

La vi de lejos y parecía un raro animal, alguien que se agacha para juntar el montoncito de palabras por las que tiene que morir. La justicia de la literatura parece vedarse para ciertos seres.

Para algunos críticos la poesía de Caridad Atencio Mendoza no es atendible, entendible querría decir mi vecina. Desde la poliédrica sustancia de (sus) *Los viles aislamientos* hasta la acidez estilística de *Los cursos imantados* (recurso a mi lectura personal, no soy crono-lógico, no soy, no). Decía, desde allí hasta la abertura final de *La sucesión*, (Letras cubanas, 2004) Cary Atencio se acerca a lo que me dice **ella, mi vecina**, eso de los despoemas (el subrayado es Castañer, Inc.)

La intención de contar desde el centro hasta esa zona en que lo personal se vuelve influjo de sensaciones y no de anécdotas es su logro más duradero; digo **duradero** en el momento en que he vuelto los ojos para buscar su parangón en la poesía cubana contemporánea. No aparece el afán de búsqueda a contrapelo de concursos y editores, el miedo a que empiecen a **desleer**, y estoy volviendo a **ella, mi vecina**, el miedo corroe la buena intención-acción de algunos poetas insulares y (en estos momentos) **ultramar**.

Hay que repasar esta poesía como quien cruza el lago sin mirar atrás, sin barcazas para el retorno, sin esperanzas de la salvación: *Me debo, me puedo doblegar, pero no lo hago. A dónde ir con esta fuerza que no se reproduce. Desplegarse hacia dentro con rostro quebrado. Cómo rescato lo que me pertenece. La paz ardua que construyo hacia dentro me despoja de horribles ataduras*. Es una lectura que puede hacerse cuando se le mira en aquella foto: estaba agachada y tres cuartos de perfil, casi de espaldas, parecía que juntaba un lío de palabras (o al menos yo y mi **des**-visión la tuvimos así).

Como André Gide, Caridad comulga sola en el silencio. Si aquel hacía ciertos viajes para olvidar(me)se de los sucesos, ella lo intenta para vaciarse de los vicios (ahora la cursiva es de A. Sanjurjo traduciendo a Pasternak).

¿Se puede ser esquivo en la resonancia de algunas palabras, en lo sucesivo de algunos anuncios que nos traen noticias de la muerte y la violencia? Pretende Caridad Atencio y ya es un logro, es lo in-**tenso**, **pre-ex-tender**.

Hay una manía de novelar acaecimientos intrascendentes, pero hay también una *sabiduría*, existe una especie de conjuro entre el sabor de las palabras y la noción de bálsamo en que ciertas formas de lo novelable funcionan en cualquier estanque.

Estanque uno. Poesía como forma de oralidad no demostrable. (Aquí me remito a la poesía Zulú, aquella que nos ha llegado solo de boca en boca o de boca a boca). Poesía que no necesita el **otro** reconocimiento, pero juega con el sabor, el figoneo de los curiosos.

Estanque dos. Poesía para una Oralidad de lo porvenir. En ciertas tribus existe aún el que narra lo acaecido. A otras tribus **nos** falta el acompañamiento ante lo *por venir*. Poesía-Brújula. Regimiento del ser contrito.

Ojo, leer: *Vivir de indignación. Así han querido moldearme las entrañas.*

Leer sólo en compañía de...

Marzo, relejendo a Jorge Teiller.

¿Conozco a un hombre?

Nuvia Estévez

*El día que cuentes mis años
irás almacenando dolor a dolor
las heridas los tropiezos la muerte
("El único hombre")*

Merecedor del Premio Nacional de Poesía "Manuel Navarro Luna" en el año 2004, *El único hombre* es un libro que inspira sosiego, a pesar de que la honda y perdurable soledad humana abordada en la mayoría de los textos se muestra con palabras que pudieran convertirlo en golpe o hemorragia, aullido o desesperación, derrumbe de esperanzas.

Dividido en cuatro secciones ("Y si los álamos", "Cuando se teje el silencio", "Noventa y nueve diecisiete" e "Iniciales que cantan"), el poemario se afirma sobre una unidad temática sustentada de angustias existenciales. Su autor con fina sutileza entretiene emociones, y quienes lo leemos penetramos en una galería íntima donde cada obra expone de manera realista y confidencial una etapa de vida que también puede ser un día, varios años, fracciones de segundos.

Quedan atrás otros sentimientos cuando prevalece el amor. Este es un libro de AMOR por encima de dolor. Rafael Vilches Proenza aborda el tema de maneras disímiles. Hace notable la incertidumbre ante el porvenir o lo que jamás vendrá, cierta nostalgia por lo que no ha podido retener la memoria al no haberlo tenido nunca, el temor de mostrar a sus amigos no sólo la inmundicia de todo lo que muere, o las desolaciones materiales; sino una desolación espiritual que a la vez que estalla "me desgarró hasta la deslealtad / disiento", se refugia y apega con ahínco a la belleza de lo que por derecho propio le pertenece: la libertad, un corazón latente, "esta isla que son mis ojos atravesados por el mar".

El hogar, la pérdida de la amada, el nuevo encuentro con ella y con la vida, los hijos dispersos y un padre ausente son fundamentos constantes para quien con un verso libre a plenitud hace útil la palabra precisa y la utiliza por igual exhibiendo un elevado nivel de síntesis, de depurado lenguaje.

Inocente pudiera parecer a primera vista su discurso cuando expresa: "...yo que soy un tipo triste / canto cuando una mujer se va / y lloro al regreso de la llovizna en los cristales" o al escribir "las fechas se olvidan / los amantes se suceden / pulen las mismas piedras / ciegos / se despiden".

Pero la inocencia (tan hermosa y necesaria en estos tiempos), suele confundirse con sinceridad: palabra clave, premisa y don muy especial cuando se habla de este autor, quien desde la placidez de sus palabras, nos hace un guiño y pronuncia:

*"No sospechan que / sostengo la mentira / soy el sagrado corazón de mi padre
/ heredero de lo que maldije de él / por lo que mi hijo me ha de crucificar".*

Puerto Padre, febrero, 2006

M e n s a j e r í a

Bifronte mira hacia dentro y hacia afuera, de ahí su bifrontalidad. Ésa es su libertad e imagino que también la razón de su título. Ni excluye la polémica ni ningunea la libertad de opinión. Imagino el desvelo de su creación y la zozobra a la vez. Me satisface que desde la tierra de Guillermo Cabrera Infante, de Reinaldo Arenas y Gastón Baquero, se enaltezca la creación libre sin más compromiso que ofrecer la buena letra (...)

Descubro con placer que al esfuerzo de *Vitral*, desde la arquidiócesis de Pinar del Río, se une ahora, en el otro extremo de la isla, el de *Bifronte* con respaldo del obispado de Holguín.

William Navarrete (París)

La publicación *Bifronte*, revista de literatura, acaba de sacar a la luz su primerísimo número. La misión del marcadamente patriótico cuaderno literario queda recogida en un lapidario editorial fundacional. Huelga decir que les deseamos los mayores éxitos a nuestros colegas al interior de Cuba en su nueva y apremiante empresa.

Alexis Gainza (Suecia)

Estimados amigos de la revista *Bifronte*:

Les agradezco de todo corazón que hayan acogido en el primer número mi nota sobre Lorenzo García Vega, un poeta que casi se nos está yendo de este mundo en ese rincón que se ha buscado. Estoy seguro de que nos vamos a encontrar otra vez en este puente que *Bifronte* ha tendido a todos los pies que quieran transitarlo. Un abrazo,

Ormani Rodríguez (Estados Unidos)

la revista *Bifronte* es quizás la primera en ofrecer una mirada otra desde el pensamiento intelectual que se elabora aquí en la isla. sabemos que hay revistas con buenos ensayos, poemas, y todo tipo de escritura sobre la existencia nacional en el orden político, cívico, de la creación, de lo religioso... pero todos con mucho cuidado de no salirse de un límite alineado a la mirada sobre lo nacional, incluso sobre una posición internacional, que tácitamente se ha establecido. esta cuestión es de una superficialidad profunda, y abordarla lleva letras. OMNI-ZONAFRANCA recibe con mucho placer *Bifronte*. sabemos que se puede más, y más sabemos que habrá, porque es el tiempo, aunque muchos en el cuidado de sí mismos no lo puedan ver. por ahora envió un poema de mi creación: hay zonas y circunstancias de la realidad en las cuales puedo leer como en un oráculo los rastros de la existencia humana.

ha aparecido muy poco de mi poesía, y en algunos momentos he comentado mi negación a publicar, para llamar la atención sobre un punto: las contradicciones serias del sistema de publicación en Cuba. me complace *Bifronte* porque veo una alternativa. no tienes que publicar el poema si por cualquier razón estimas que no conviene a *Bifronte* o no tiene la calidad poética que estimas, es una colaboración desinteresada, incluso en este sentido.

suerte y luz.

Luis Eligio Pérez M. Cafria

poeta, Transportador de la Imagen y miembro activo del grupo OMNI-ZONAFRANCA de Alamar.

nota: Nilo Julián está muy contento con sus ilustraciones en (el primer número de) *Bifronte*. Gracias.

BIFRONTE DOS HA SIDO:

Enmanuel Castells Carrión. Bayamo, 1963. Narrador y crítico. **José M. Fernández Pequeño.** Bayamo, 1953. Narrador y ensayista. La Editorial Plaza Mayor (Puerto Rico) publicó en el 2004 su volumen de cuentos *Un tigre perfumado sobre mi huella*. Reside en República Dominicana. **Gabriel Pérez.** Holguín, 1968. Poeta y narrador. El cuento que publicamos pertenece a su libro *En fila india* (inédito). **Rito Ramón Aroche.** La Habana. Poeta y narrador. *Del río que durando se destruye* (Letras Cubanas, 2005) es el título de su más reciente libro de poesía. **Carlos Esquivel Guerra.** Elia, Las Tunas, 1968. Poeta y narrador. Con su poemario *Bala de cañón* (Ediciones Caserón, Santiago de Cuba, 2005) obtuvo el Premio José María Heredia. **Ronel González Sánchez.** Cacocum, 1971. Poeta, ensayista y escritor para niños. Obtuvo el Premio Calendario por el libro *La sucesión sumergida* (Casa Editora Abril, La Habana, 2005). **Luis Marcelino Gómez.** Holguín, 1950. Escritor y profesor universitario. Reside en Estados Unidos. Es autor de varios libros de poesía y cuento, entre los que sobresale *Hambre de pez* (España, 1999) y *Memorias de Angola* (Colombia, 2003). Un cuento suyo aparece en la selección *Isla tan dulce y otras historias* (Letras Cubanas, La Habana, 2002). Actualmente es co-editor de la revista electrónica Mula Verde Review. **Yunier Riquenes García.** Jiguaní, 1982. Narrador. En la actualidad estudia Letras en la Universidad de Oriente, de Santiago de Cuba. **Efraín Rodríguez Santana.** Palma Soriano, 1953. Poeta, narrador y ensayista cubano. Su novela *La mujer sentada* obtuvo el Premio de la Crítica en Cuba. **Karell Maldonado O’Ryan.** Holguín, 1980. Diseñador y artista plástico. Viñetas suyas ilustran este número de *Bifronte*. **Michael Hernández Miranda.** Cueto, 1974. Poeta, editor y periodista. Poemas suyos aparecen en la selección *Jóvenes escritores cubanos* (Editorial Verbum, España, 2005). **Ismael González Castañer.** La Habana, 1961. Suyo es el poemario *La misión*, recientemente publicado por la Editorial Letras Cubanas. **Irela Casañas.** Santiago de Cuba. Poeta. Se desempeña como profesora en la Academia de Artes Plásticas El Alba, de Holguín. **Iosmar López.** Santiago de Cuba, 1973. Escritor y pintor. Próximamente aparecerá su libro de narraciones *Perros de oxígeno*. Reside en España. **Luis Felipe Rojas.** San Germán, 1971. Poeta y narrador. Su más reciente libro publicado es *Anverso de la bestia amada* (Premio Calendario, Casa Editora Abril, La Habana, 2005). **Nuvia Estévez Machado.** Puerto Padre, 1971. Poeta y narradora. Con el poemario *Maniquí desnudo entre escombros* (Ediciones Unión, La Habana, 2002) obtuvo el Premio David de la UNEAC.

Todas las ilustraciones de este número pertenecen a Karell Maldonado.